

EDICIONES DE PUNTO DE PARTIDA

Aunque la casa se derrumbe

Este libro fue escrito gracias al apoyo de la Fundación para las Letras Mexicanas 2015-2016 y el Programa Jóvenes Creadores del Fonca 2016-2017.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Edición
Carmina Estrada

Asistencia editorial
Luis Paniagua

Diseño y formación
María Luisa Passarge

Ilustración en el colofón: Diego Martínez García
<http://diegoilustra.blogspot.com/>

Primera edición: diciembre de 2017

D.R. © Ana Emilia Felker
D.R. © Antonio Turok: fotografía p. 34
D.R. © Francisco Mata Rosas: fotografía p. 97

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510, Ciudad de México

ISBN: 978-607-02-9878-3
ISBN de la serie: 970-32-2158-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

Impresión en offset.

Impreso y hecho en México.

Aunque la casa se derrumbe

Ana Emilia Felker



Textos de Difusión Cultural

Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2017

A Diego por los allanamientos, las periferias y las máquinas de construcción, que la vida vuelva a encontrar su rumbo.

A Vicente Quirarte, Luigi Amara y a mis compañeros de taller, por enseñarme que la escritura no es un acto solitario. A los Tropicales porque sí es posible tener amigos escritores. Por las pláticas y la entrañable correspondencia, a Juan, el Cachetófono inmortal.

A Mau por el segundo hogar y su torbellino transformador. A Mónica por sus nanos y sus gigas y sus bichos y todo su amor. A todas las personas que he atosigado con borradores, espero algún día reivindicar mi necesidad.

Habrá siempre un ~~hombre~~ tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una ~~mujer~~ tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa.

Ernesto Sabato
Uno y el universo

A veces algo se enuncia a través nuestro como diciéndose sin querer. Estos textos buscaban ser otros, pero se encontraron a sí mismos. Escribí salvoconductos, pretextos para platicar con la gente. Me encontré con los valedores, un grupo de hombres en situación de calle que no sólo están preparándose para jugar fútbol contra sus pares en Europa, sino que consideran que la moda callejera en México es la más naïs del mundo. Como ellos, deseaba construirme una habitación abierta, allanar edificios, apoderarme de las calles, renombrarlas para sentirme segura caminando por la noche.

El título del libro surgió de una frase de Ernesto Sabato que, tachando su binarismo genérico, se me grabó por muchos años en la cabeza. Y ahora me resuena profundamente estoica; en el limbo entre recuperar el hogar perdido y encontrarse con los otros cuando los muros se caen. Asumir los derrumbes familiares, aceptar el fin de las cosas, dejar de abusar de esa droga llamada spleen y seguir adelante.

Sobre la importancia de hacer hogar en la calle, recuerdo la descripción de Elias Canetti de una comida familiar como el

momento en que una tribu distribuye el botín. El tenedor y el cuchillo que despedazan la carne son también un símbolo amenazante para los propios miembros del clan. De acabarse la comida, se acabaría también la tregua, la propiedad privada, la sonrisa mostraría los colmillos y nos devoraríamos los unos a los otros. Por eso atemorizan los muros, las calles oscuras junto a fraccionamientos privados donde no hay una ventana, sólo pared y más pared y cámaras y el peatón se siente como en toque de queda.

Después vino el terremoto y cualquier alusión a derrumbe, muro, casa, adquirió otro significado. Las palabras se volvieron premonitorias y dolorosas. Pero también se abrió el encierro que aloja al miedo, la gente durmió en la calle, conoció al vecino, compartió la comida. Quizá entendimos que el derrumbe se lleva a cuevas y vivir es remover escombros de mano en mano.

Ana Emilia Felker
noviembre de 2017

Liminales

El que está sometido a un campo de visibilidad, y lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder.
Michel Foucault
Vigilar y castigar

En el mundo realmente invertido lo verdadero es un momento de lo falso.
Guy Debord
La sociedad del espectáculo

A Paul B. Preciado

Para averiguar si hay una cámara detrás del espejo, sólo hay que colocar la uña sobre la superficie. Si el dedo real y el reflejado se tocan, se trata de un falso espejo, una ventana de cristal tras la cual alguien observa.

Que soy paranoica no está en duda pero se justifica: en los puestos de películas piratas se venden decenas de videos tomados en algunos de los miles de hoteles que se multiplican en la urbe. Las imágenes, separadas de su carne, cobran vida propia en la exhibición clandestina de la intimidad.

El recepcionista me entrega las llaves con cierta cautela: hotel de paso, mujer, cama *king size*, cuarto vacío. Al tomarlas intento captar su mirada o que me vea a los ojos sin pudor, pero sólo recibo el trato de soslayo acostumbrado con los huéspedes. En este sitio para la anomia —donde no hay ley ni nombres— nos ven pero nunca estuvimos. Lo que hagamos dentro es asunto de cada quien.

Al subir las escaleras escucho unos pasos rehuir un encuentro conmigo o con quien sea. Atravieso un pasillo estrecho iluminado artificialmente por unos focos zumbantes. Apenas abro la puerta, el olor a desinfectante me envuelve como recordatorio de suciedad. La ventana está abierta y al pasar frente a ella me sorprende la silueta de un hombre que vigila desde el cuarto de enfrente. La cierro de inmediato.

Vengo a estar sola de una manera diferente a como lo haría en mi propia casa, donde el entorno confirma lo que creo ser. Al tratarse de un lugar de tránsito, casi público (y estrictamente privado), el hotel no permite acomodarse. No deja estar: es el intervalo entre el reflejo de mi dedo y la superficie del espejo.

Desde la calle, su fachada delata mientras esconde lo que ocurre en su interior: caos de olores, sonidos y huellas. Quizá los dueños recurren al impresionismo para ahorrarse al diseñador de interiores; los tonos pastel en las litografías de Monet son sedantes. He pagado por este cuarto cuya decoración recuerda a un consultorio dental. Será mío por algunas horas; sin embargo, se resiste o me resisto a él. Reconozco una fricción entre nosotros mientras mis plantas desnudas tocan por primera vez la alfombra. Lugar ajeno, cementerio subrepticio de células, ácaros, uñas,

pelos. Así son los espacios liminales: crudos, sucios e inestables. Así es el sexo, el parto, el último hálito antes de morir, el cuerpo mismo que se erige frontera entre el adentro y el afuera.

Sé que hay más huéspedes en el hotel; intuyo su presencia en el desgaste del cuarto, los gritos, las risas o los golpes sobre alguna pared que, conforme se aceleran, parecen acercarse. ¿Hay alguien del otro lado del espejo? ¿Quién observa desde la habitación de enfrente? Sombras sin rostro.

Los gimientes llenan la atmósfera, pero el sonido podría venir de dos fuentes distintas: otras habitaciones o esta misma, convertida en cápsula de tiempos paralelos en la que fantasmas se derraman sobre la superficie blanca que me recibe cual umbral. El edredón, palimpsesto de encuentros furtivos, cae al suelo. Tras él, mis pantalones.

Descubrir un bidet en el baño me transporta a un prostíbulo francés (o, quizá sea más preciso decir, a los textos que sobre ello ha escrito Paul B. Preciado). Antes del siglo XVIII se pensaba que el agua provocaba males o debilitamiento. Sin embargo, en la red de prostíbulos estatales se instalaron los primeros *toilettes* con agua corriente para combatir la sífilis, enfermedad que, medio siglo después, afectaba a una de cada cuatro personas, entre ellas a Baudelaire. Acordes con las técnicas de la época, los prostíbulos, donde se gestionaba la enfermedad, el placer y los fluidos de la ciudad, tenían forma de panóptico. No es casual que uno de los teóricos de esta arquitectura de vigilancia, Jeremy Bentham, lo fuera también de profilácticos como los condones y el agua.

Pionero de los antibióticos y las vacunas, Pasteur compartía estas inquietudes higienistas. Consideraba que el vino también

detenía el avance de las enfermedades. Medio litro para cada paciente en los hospitales. Me sirvo de ese lubricante de circunstancias y me siento sobre el mueble del lavabo para dejar que el agua se cuele entre mis dedos. Lavo mis pies mostrando humildad al cuerpo que aparece de perfil, flexionado en el espejo. También lo hago por respeto a los cuerpos sanos o enfermos que han pasado por este cuarto de hotel. Hay una mancha negra en la esquina del vidrio, una especie de lunar provocado por la humedad y el tiempo. Los espejos también envejecen.

Restif de la Bretonne, fetichista de zapatos femeninos (parafilia que lleva su nombre: retifismo) y enemigo acérrimo de Sade, decía que el prostíbulo urbano funcionaba como un condón arquitectónico. *Si no hubiera prostitutas habría un exceso de semen en el espacio público*. La proliferación de hoteles de paso en la ciudad podría tener hoy la misma función, encauzar los deseos que salen de la norma.

Ir sola a un hotel de paso parece una contradicción. El erotismo —pulsión de vida— depende de un observador. Para querer vivir necesitamos a los otros o, en su defecto, un narcisismo que lo inunde todo. En *Un verano con Monika* (1953), una joven ve descaradamente a la cámara mientras fuma un cigarro. Con esta escena, Ingmar Bergman inauguró el contacto visual tala-drante en el cine. Entonces nos dimos cuenta de que somos personajes actuando para un espectador. El agua entibia mis pies y yo finjo que fumo ante el espejo como si estuviera en una película existencialista en blanco y negro.

Cuando uno empieza a hablar, se atreve a decir lo que piensa, se atreve a pensar. Después viene la conciencia de la cámara:

autocensura, miedo a ser poco original, miedo a ser retórico, a ser mirado. Ver es apuntar con un arma. Quien se encuentra del otro lado del cañón o de la boca de fuego, está obligado a reaccionar si quiere sobrevivir. Cierro la llave de agua y abandono el azulejo que ha enfriado mis nalgas.

Conocemos al cuerpo por su reflejo, su representación en el arte, las pasarelas, los espectaculares, por su insistencia televisiva. Pero también por el tacto que recorre una zona inexplorada. O durante la enfermedad, cuando el mal funcionamiento de un órgano nos recuerda su existencia. Me veo y pienso en lo que significa un cuerpo, si es evidencia de algo o, al contrario, es una fuga permanente. ¿Tenemos un cuerpo, somos un cuerpo o nos volvemos un cuerpo? Más aún: ¿entregamos un cuerpo a la ciencia?

Antes de la anatomía, el cuerpo era una metáfora, objeto secundario dentro de las connotadas especulaciones metafísicas. Sin embargo, en el grabado que abre *De humani corporis fabrica* (1543), de Andrés Vesalio, por primera vez se observa que adentro no llevamos divinidad sino intestinos. En esa imagen, la gente se arremolina para ver la disección; transgredir la frontera de la piel se convierte en un espectáculo. En la pintura de Rembrandt *Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp* (1632) sucede lo mismo: un grupo observa hacia el interior de un hombre que yace sobre la plancha. Hay una misma trayectoria desde estas primeras representaciones hasta una moderna endoscopia.

¿A cuántas niñas les darán hoy un espejo para que conozcan su sexo y que éste no sólo sea para los otros que observan: amantes, médicos o jueces?

Si un cuerpo puede ser leído, es un texto que oscila entre la reafirmación de sistemas binarios (hombre-mujer, sano-enfermo, inocente-culpable) y su desestabilización. Hay textos que refuerzan nuestras creencias. Otros, en cambio, nos desacomodan o incluso incomodan y eso los vuelve eróticos.

El hotel, en su condición de interzona, abre una rajadura en la ciudad por la cual se accede a lo viscoso de la existencia. El lugar donde se confiesan los cuerpos es el laboratorio ideal para convertirme en mi propio objeto de estudio. Intento verme detrás de las orejas y las rodillas, tocar mi paladar, la nuca. Toda la piel es susceptible de erogeneidad pero no siempre reacciona a los estímulos. Al flujo libidinal, en su carácter discontinuo, no le bastan las caricias, su descarga requiere discursos. Me quito la blusa ante un espejo de cuerpo completo, intento autoexcitarme como lo hace un escritor frente a su computadora, ponerme en personaje. *La escritura es esto: la ciencia de los goces del lenguaje, su kamasutra.*

Los espejos contrapuestos en los muros de la habitación multiplican la imagen al infinito. Puedo ver mi rostro y mi espalda al mismo tiempo. ¿Cuál será mi punto ciego? Estar aquí me produce un goce singular. Este cuarto de hotel representa el linde de quien no acaba de ser, quien teme y oscuramente desea que todo se caiga a pedazos.

Me veo durante largo rato. Pienso que la piel descubierta significa poco en nuestra época: vemos a modelos inflamadas de silicona en las revistas y atropellados en la nota roja. Pero un cuerpo es un abismo inaprehensible para el cual no hay sinónimos. Ni la tortura, ni la disección médica, ni la representación

extraen verdades últimas porque intermiten, están siendo constantemente en la soledad de un cuarto o en la interacción con otros. La vida parpadea en la frontera del cuerpo que se conforma continuamente: una herida abierta.

Quizá en esta grieta que es el cuarto de hotel pueda encontrarme como si al crecer me hubieran dado un espejo para ver mi sexo. Durante varios minutos observo la orografía del techo.

Sobre la cama repito lo que hacía de niña para quedarme dormida. Recorrer mentalmente cada parte e imaginar que voy desapareciendo. Mis piernas se convierten en muñones, luego soy sólo un tronco y finalmente una cabeza que se esfuma. Un ejercicio para desdibujar los contornos del cuerpo e integrarme a algo más grande que yo.

Entre más observo los nenúfares de Monet, más se transparenta su morfina. En ellos no hay personas ni manoseos, sólo una quietud sospechosa, estática en una televisión, ruido blanco. Si pudiera, los sustituiría por grabados de Francisco Toledo en los que avispas o reptiles devoran y escupen a otros seres, los introducen en sí hasta preñarse. Verónica Volkow dice que el artista juchiteco crea una anatomía fantástica, sintaxis sexual en la que el cuerpo *se escurre siempre: incontenible, excesivo, desperdiga múltiples envolturas, cual si dibujara su ser siempre.*

La idea de un cuerpo fluido me hace imaginar qué pasaría si no hubiera muros que separaran las habitaciones del hotel, si los gimientes desconocidos me provocaran deseo y no miedo. *La orgía como un compendio enciclopédico del mundo.*

Para averiguar si hay una cámara detrás del espejo, sólo hay que colocar la uña sobre la superficie. Sigo las instrucciones

como si estuviera sobre un lector de huellas digitales. Y se tocan. Mi dedo y el reflejo se tocan.

Por un momento me siento más expuesta, recorrida por un escalofrío. Camino con las piernas temblorosas para apagar la luz. Tras el espejo, un grupo de observadores toma nota.

Casete marca Tiempo

La ciudad como una inmensa casa sin techo. El suelo en las nubes, el techo en el piso... Y nosotros en alguna parte.

Rodrigo Fresán
Mantra

Salomón Martínez Torres llevaba una botella tamaño familiar de champú Pantene. La cargaba en sus caminatas por la Ciudad de México porque en el albergue no se puede guardar nada, obligatorio salir a las siete de la mañana sin dejar rastro. A sus años había recorrido la urbe entera, la calle era su casa; su mochila, la habitación.

Moreno y delgadísimo, al sonreír descubría un agujero donde deberían estar los incisivos superiores. Me trató de dama, señorita, bachiller, empleada. Salomón cargaba también un diario donde anotaba reflexiones, síntomas, quejas, con un cuidado visible en cada trazo. Halagué su letra pensando en cómo se había deformado la mía por el uso y la prisa. Salomón decía ponerse mil máscaras para salir de sí mismo. Mascullaba incomodidades

recurrentes, obsesivas, como no tener lugar para dejar la chamarra si hacía calor. Lo acompañé a tramitar un permiso con fotografía para vender en la calle: salvo ésa, no tenía ninguna identificación.

El permiso estaría listo en unos días; la espera lo ponía nervioso. Se tocaba la cara constantemente. Hablaba de una enfermedad que le dificultaba estar presentable, rasurado y alerta. Un documento le facilitaría acercarse a los demás; sería una prueba de su existencia y legitimaría su propósito, a veces endeble, de sobrevivir.

Seguí andando junto a Salomón; intenté entender su historia fragmentada. Nos tropezábamos al caminar tan pegados. Nuestros pies esquivaron un hombre que se arrebujaba sobre la banqueta.

Como él, miles viven en la calle. A base de plásticos, cartones, periódicos, cobijas, transforman la hostilidad del exterior en un interior habitable. Le pregunté a Salomón si creía que ese hombre esperaba una nueva etapa o si se había instalado definitivamente en el limbo. Me contestó que hace algunos meses él también se dejaba caer de cansancio y embriaguez sobre la banqueta.

Oriundo de Tepito, Salomón se volvió comerciante, como su padre; vendía casetes marca Tiempo. En una fecha, ahora difusa para él, algo salió mal. Pagó una deuda económica con veinte años en la cárcel y recuperó su libertad hace tres. Tepito es un cementerio de ambiciones donde “la miseria se combate con un trago, la artesanía se ejerce llorando en el hombro del compadre” y, supuestamente, “nadie fracasa más que otro”. Sin embargo, incluso en ese barrio legendario, cuya solidaridad interna retrató así Monsiváis, se excluye a quienes “se dejan”.

Salomón no recordaba la última vez que contactó a su familia, pero sabía los teléfonos de memoria. Antes de despedirnos, me pidió anotarlos por si algo le sucedía. “Un indigente es alguien sin gente”, dijo y su interpretación fue más acertada que la etimología de la palabra: el que no dispone.

Historias como la suya abundan. Algunos vagabundos son islas que luchan por mantener el nivel del agua a raya; otros son archipiélagos, se agrupan para darse calor en las noches a la intemperie. Hay quienes se hunden poco a poco en la invisibilidad absoluta.

Recurrentemente, el albergue recibe a Salomón después de múltiples recorridos por la ciudad. En la oscuridad del pasillo aparecen quienes prefieren la soledad al barullo del patio central donde se forma una larga fila de hombres rumbo a la cocina: algunos están en silla de ruedas, otros llevan bastón, otros más una cobija al hombro. En estas fechas, el altar a la virgen María, que preside el patio, está rodeado de foquitos navideños. Después de cenar, Salomón va a la bodega que comparte con diecinueve hombres más y se recuesta en una litera desvencijada.

[*Mi Valedor*]

Salomón fue la primera persona que conocí al visitar las oficinas de *Mi Valedor*. Apenas lo saludé y ya me había abierto las puertas de su mochila. Tal hospitalidad me inspiró a seguirle los pasos para conocer dónde y cómo habitan los fantasmas que deambulan, a un ritmo más lento, entre los más de veinte millones que

aceleramos a diario la capital. Los anónimos cuya presencia queda vagamente registrada. Según las cifras oficiales, alrededor de cuatro mil personas viven en la calle. Bastaría recorrer las coladeras, los túneles del metro, el Centro Histórico, La Merced, para refutar la cifra oficial. Tan sólo en el albergue de La Coruña, el más grande de la Ciudad —donde duerme Salomón— se refugian más de mil.

La revista *Mi Valedor* se estableció en la esquina de Bucareli y Atenas, frente al reloj que donó el último emperador chino. En su entrada está el logo: [MV]. En gramática, los corchetes encierran un fragmento que no pertenece a la cita y busca modificarla. Desde hace unos años, la publicación trabaja, tanto a través del contenido como en la distribución, con las personas que son expulsadas de su entorno hacia la calle, hacia el interior del corchete.

En sus páginas se leen historias como la de Óscar Navarrete, vendedor estrella de la publicación. Él estudiaba para ser profesor normalista cuando comenzó a consumir drogas, a delinquir y luego a recorrer cárceles. Al salir se construyó un personaje de dandi, le gustaba andar de traje y pagar hoteles. Cansado de esa vida, ahorra para abrir una casa hogar.

La revista se lanzó a partir de donaciones, con la intención de ser autosuficientes a través de la publicidad. Las ganancias directas son para los vendedores. Alrededor de quince hombres se surten de ejemplares los lunes en las oficinas de *Mi Valedor*. Las compran a cinco pesos y las dan a veinte; cada uno pide según su talento para las ventas: Óscar, entre docientas y trescientas; Salomón, dos.

La historia comenzó cuando María Portilla, editora de *Mi Valedor*, estudiaba pintura en Inglaterra y compró por primera vez *The Big Issue*, un semanario de periodismo independiente que dos mil personas, desempleadas o que habitan la calle, venden por todo el Reino Unido. Pensó que esta forma de autoempleo podría reproducirse en México donde hay cincuenta y cinco millones de personas en situación de pobreza, casi la mitad de la población. De ellos, once millones no tienen lo básico para subsistir.

Para entender cómo funciona una empresa social —un modelo que apenas existe en México—, María trabajó por una temporada en la sede en Escocia de la red de periódicos callejeros a la que pertenece *The Big Issue* y a la que posteriormente se uniría *Mi Valedor*. La publicación visibiliza la indigencia como problema pero también permite un encuentro entre los mendigos y quienes los ignoran.

El vagabundo es un disidente: no consume, recicla los desechos de los demás, no ostenta ni agrade, vive en su propio mundo. Sin embargo, sujeto al imperativo masculino de mostrar entereza, no busca apoyo en sus círculos más cercanos: muchos prefieren rehabilitarse lejos del entorno familiar para no mostrarse vulnerables. Para algunos, la calle resulta, en verdad, una isla desierta en donde nadie puede observarlos. Un exterior privado.

En la red de periódicos callejeros, con la que trabaja *Mi Valedor*, han encontrado lo que rompe ese aislamiento y convoca unánimemente: el fútbol. La Homeless World Cup es una competencia con todas las características del deporte profesional que involucra a cien mil personas en situación de calle de setenta y cuatro países distintos.

Además de participar en esta liga, antes de crear la revista, María y sus socias hicieron trabajo voluntario en un centro de apoyo contra las adicciones que se encuentra en la Plaza de la Soledad en la Merced. Es una zona estigmatizada por la prostitución y la indigencia.

La Plaza de la Soledad recibe a sus visitantes con un arco que dice “Puerta a la vida”. Atrás aparece la explanada desierta y la iglesia con las puertas cerradas. Sobre un muro se lee LA RAYA ES MALA. En las calles circundantes la basura está esparcida o formando montones. Incluso adentro de un altar empotrado en la roca hay desechos.

Hay hombres que parecen desmayados sobre el suelo, otros platican entre sí en las jardineras o en las bancas. Se escucha una música melancólica que viene de los autobuses. Ahí llegan las rutas más económicas del sureste del país.

Track de sueños

La segunda vez que vi a Salomón llevaba en la mochila el mismo champú y su diario. Ese día estaba especialmente radiante. La sonrisa chimuela y los ojos deslumbrados de su rostro se repetían en el rectángulo sobre el pecho: su carnet de identidad. Con ese permiso, esa confirmación de ser de carne y hueso, se convertiría en vendedor oficial de la revista sin que la policía lo molestara. Ahora se llamaría a sí mismo “valedor”, se esforzaría por mantener ese nombre que para él significa ser un amigo.

Caminamos por el Centro: el meridiano que separa al adentro del afuera, al techo de la intemperie. En la Alameda vimos a un hombre deambular mientras hablaba al vacío como un filósofo peripatético. La zona sintetiza la realidad del país: el cine de la época de oro y el *art déco* frente a los mutilados de Jodorowsky. Aquí la monumentalidad de la Historia es reescrita por el grafiti.

La intención de la caminata era vender la revista, pero fui la única cliente de Salomón. Él estaba más concentrado en narrar su historia de corrido, como un casete. Al considerarse una especie de mesías, durante un tiempo se hizo llamar Salvador. Luego descubrió que su nombre original remitía a un peso pesado y se conformó con volver a ser el hijo del rey David. Aunque es difícil desentrañar el sentido de su monólogo, éste le permite ubicarse en el espacio.

Lo asocié con el misticismo de algunas tribus australianas que trazaron pistas de sueños como mapas de orientación. En la mitología de estos pueblos, los antepasados o criaturas soñadoras recorrieron el continente mientras cantaban todo lo que aparecía ante sus ojos. Según relata Bruce Chatwin, lo que sobre el territorio aparentaba discontinuidad se convertía en una partitura legible para quien repitiera los cantos.

Como ellos, los vagabundos de la Ciudad de México no son nómadas sino errantes. Reconocen el espacio a través de las cartografías que trazan sus pies y las historias que lanzan al aire.

Lejos de las tribus australianas capaces de conectar los sonidos de la naturaleza, en Sudamérica, “estar rayado” es perder la cordura; ser un disco rayado es reiterarse. Pero al repetirse, Salomón se encuentra. Sus mantras entran verdades, pensamientos

sagrados, y los reitera como quien construye una casa de palabras y la lleva a cuestras.

Lado B: encerrado en el exterior

Para los sin casa, los invisibles, la mínima pertenencia es un asidero, un talismán. La última vez que vi a Salomón le faltaba la habitual mochila y el permiso con fotografía colgado del cuello. Le pregunté al respecto con cierto temor. “Me lo robaron”, confesó mientras la desesperación inundaba su rostro. Había perdido ese objeto que para él representaba su habitación.

En su acostumbrado tono de letanía dijo que extrañaba la cárcel, que él era Salomón, que se esforzaba por mantenerse rasurado, por ser un hombre de bien, que él se había dedicado al comercio, pero ya no, no podía más: “Ya estuvo bueno.” En la cárcel tenía techo y alimento, era libre de sí mismo. Era liviano. Ahora, exhausto, cargaba sus historias. Sin dejar de hablar, se alejó poco a poco; lo vi irse a la deriva hasta convertirse en una isla distante.

Balance de blancos

En los bordes de la postal, el papel desnudo, blanco, va ganando terreno sobre el enmicado y el color. Hay un doblez en la orilla y un agujero por donde alguna vez pasó una tachuela. A pesar del desgaste, la imagen sigue tan viva como hace veintitrés años. Al tocarla, la corteza del árbol, en primer plano a la izquierda, se convierte en corteza verdadera, como si se volviera rugosa. La foto capta una fase poco heroica del entonces subcomandante Marcos a un mes del levantamiento zapatista en 1994. Se muestra no a un caudillo sino a un hombre nervioso, reflexivo, cansado.

Tenía once o doce años y en un corcho en mi habitación clavé la postal junto a la famosa foto del Che, también convertida en *souvenir* revolucionario. En esos días había visto con mi padre un video del concierto de Amnistía Internacional en el Estadio Nacional de Santiago de Chile. Sting, Peter Gabriel, Sinéad O'Connor, Rubén Blades, entre otros, cantaron por los derechos humanos en ese espacio simbólico donde miles fueron torturados o asesinados durante la dictadura de Pinochet. Mi padre me explicó entonces qué significaba ser un preso político, me contó

de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci y sus ojos le brillaban como a un trovador de barba tupida. No sé si se daba cuenta, pero en lugar de instruirme para ir a la universidad, poner un negocio o tener una familia, su idealismo, del tamaño de la sobremesa, me guiaba hacia el encierro carcelario como la tierra prometida de los rebeldes. Recitaba con frecuencia la famosa frase de Thoreau: “bajo un gobierno que encarcela injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión”.

No tardó en inscribirnos a ambos en Amnistía. Recuerdo revisar en el patio de mi colegio los papeles que nos llegaban de casos de injusticia en diferentes países. Era un *hobby* que me hacía sentir importante y que seguro me convirtió en ese tipo de niños que de tan adultos son insoportables. Al poco tiempo también nos anotó en los grupos de apoyo al EZLN y me regaló una camiseta con la foto en la que sólo se distinguen los ojos de Marcos. Él tenía otra con el mismo estampado, y con ese uniforme fuimos a saludar a la caravana zapatista en 2001.

Por mucho tiempo, para mí, la imagen de la postal, que había disparado una serie de fantasías justicieras en mi adolescencia, no tenía autoría ni un detrás de cámara, no la consideraba una escena sino la realidad misma. Como no reparaba en que alguien delimitó el cuadro y decidió lo que debía quedar fuera, me sentía poseedora de una mirilla; la postal era una apertura espacio temporal para asomarse a un lugar donde unos poéticos encapuchados le declaraban la guerra a quienes hacían las reglas.

Recientemente en el concierto de Roger Waters en el Zócalo de la Ciudad de México, por casualidad conocí a Antonio Turok. De golpe, en ese contexto extravagante, cobró sentido lo obvio. La

imagen no nació por generación espontánea, una persona enmarcó ese instante y esos personajes en la Selva Lacandona.

Me asombró ver a Turok con una sonrisa maniática tomando a los jóvenes que se brincaban las vallas para llegar a cantar *another brick in the wall* mientras el rostro de Donald Trump se proyectaba en el muro de Palacio Nacional. La mirada que se había mantenido oculta detrás de mi postal emergió en la realidad con un sombrero bandana ya algo traqueteado. Debió de haber tenido un gesto similar —el gesto de un testigo extremo, adicto a la adrenalina de la historia— cuando el entonces Marcos estaba sentado sobre una rama esperando el clic de su cámara.

Desierto de la soledad

Hagamos un ejercicio de écfrosis: describir tan detalladamente un objeto hasta lograr que se anime y los muertos despierten de su estatismo.

Si no fuera por el pedazo de rostro, la piel bajo el foco de la cámara, pensaría en soldaditos de plástico. Pero no, la lana que cubre sus bocas debe de humedecerse a cada respiro hondo en el frío de la selva.

Al fondo, partículas de agua, nubes bajas, vuelven al campamento de esporádicas lonas negras un pueblo fantasma. Ahí lo intrincado de la vegetación hace un paréntesis. Él clava la mirada en la tierra cubierta de follaje. Descansa en una rama convertida en asiento; la espalda corva y los brazos recargados sobre los muslos. La tensión se concentra en las bolsas de los ojos, la

frente, las cejas: el pedazo de piel descubierto entre el tumulto de telas negras, el paliacate y la carrillera con municiones. Sus manos también se asoman, entrecruzadas con la ligereza y la densidad de la victoria imposible. Desenfocados, tres compañeros aparecen entre la niebla como resurgiendo en la memoria; avanzan muy lentamente hacia él para montar guardia. Intuyo el movimiento por la flexión de las rodillas, pero se les ve tan quietos, tan de frente al público, casi figuras en una maqueta.

El verde olivo de la foto conduce al pasado. Cámara Leica, 2 de febrero de 1994. Balance de blancos, precisar la temperatura de la luz, de los gestos; capturar el clima de la selva y el clima político.

Del otro lado de la cámara, un grupo de periodistas dosifica sus preguntas:

—¿Por qué estás haciendo esta tontería?

—No nos quedó de otra.

Cuenta la leyenda que los recogen en San Cristóbal de Las Casas y para que no vuelvan por su cuenta, les vendan los ojos en algunas partes del trayecto. Los periodistas se entregan al protocolo clandestino. Caminan por horas para encontrarse al fin con los voceros de la insurgencia que aparecen del otro lado del monte. La comandanta Ramona, el comandante Felipe y el subcomandante Marcos los convocaron para difundir el estado de las cosas a un mes del levantamiento. Es la primera vez que el mundo los verá en video. Por ello no basta con oírlos o adivinar los gestos tras los pasamontañas, ¿qué se muestra y qué se oculta? Es preciso decir algo con la imagen, ser contundentes.

Turok toma fotografías para la agencia Imagen Latina. Conoce a Epigmenio Ibarra, productor de Argos, porque ambos fueron corresponsales de guerra en Centroamérica. Philippe de Saint Phalle es el camarógrafo que acompaña a Epigmenio. Blanche Petrich y Elio Henríquez vienen del periódico *La Jornada*.

Preguntan sobre las armas: rifles hechizos de partes recicladas o comprados en el mercado negro. Fusiles que disparan chueco o simplemente no funcionan. A Turok le sorprende una cajita con una antena satelital; esa clase de tecnología aquí, en medio de la nada, en el lugar al que también se le conoce como desierto de la soledad, le hace pensar en la conexión entre la selva y el espacio exterior.

Los zapatistas estaban convencidos de que México se iba a levantar y destruir las estructuras institucionales, que se iban a unir miles, dice Turok que él y Epigmenio, al contrario, se sentían escépticos luego de la experiencia en Centroamérica. Quizá no eran los indicados para difundir esa lucha: estábamos demasiado dañados. No estaban dispuestos a retratar a un caudillo, como aparecería en otras imágenes, pintándole dedo al sistema o heroico sobre un caballo. No aplaudiríamos pendejadas porque en la guerra los hombres mueren, los buenos se hacen malos y los malos también. Apoyaban el movimiento pero no eran fanáticos, sabían cómo habían llegado hasta ahí y podían verlo desde afuera.

Le pidieron al subcomandante posar sentado, tranquilo. *La historia juzga, no absuelve*: así interpreta Turok su propia foto años

después. Pero en ese momento se concentraba en sus dos cámaras Leica, una con rollo a color y la otra en blanco y negro. Con ellas, captó a dos Marcos reflexivos entre la niebla: uno en verde húmedo y el otro en una nostálgica gama de grises. La foto apareció en medios de todo el mundo, se vendió masivamente en postales y en camisetas.



© Antonio Turok

Imagen tomada con una cámara Leica el 2 de febrero de 1994. Postal: una realidad del tamaño de mi mano pegada en el corcho de mi habitación. Un mundo suspendido en el tiempo, una película en pausa colgada en mi pared. Además, en el corcho: una fotografía con mis amigas, otra de Leonardo DiCaprio adolescente y un calendario que me regalaron en la farmacia.

Las librerías de viejo serán de nuevo

La contigüidad es irremediabilmente significativa. Que junto a un hospital haya una funeraria algo nos dice. Al costado de una taquería exitosa siempre hay otra, rémora que atrapa a los resignados que no alcanzaron mesa en el lugar de al lado. La Ciudad de México está llena de estos sintagmas, un edificio redimensiona al anterior. Frente a una oficina de trámites interminables, no falta el listo que instala una copiadora en la cajuela de su coche.

En la calle Liverpool de la colonia Juárez hay, pared contra pared, un criadero de escritores y uno de polillas. En el número 16: una casona de principios del siglo XX en cuyo muro exterior la tipografía dorada anuncia FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS (F.L.M.). En el 12: la librería Jorge Cuesta, que hace cinco años abrió Max Ramos sin saber que sus mejores clientes serían sus vecinos inmediatos.

A esta fundación privada cada año llegan cientos de textos de jóvenes de todo el país que aspiran a la beca que les permitiría dedicarse un año entero a leer y escribir. Un sueño, un sueldo. Las candidaturas son evaluadas por una comisión que elige a los nuevos habitantes de la casa: el *Big Brother* literario.

Mientras se acumulan cajas con las solicitudes de los candidatos del siguiente año, en las computadoras chinas (marca Nueva Leyenda) se maquila el ansia de hacer libros. Libros y libros que aspiran a sumarse a las pilas imponentes que llenan doscientas ferias, mil 567 librerías y, en un final feliz, estantes de lectores.

He pertenecido a esta sucursal de la industria cultural. He contribuido con mi teclear constante a la sinfonía que resuena en los altos muros de los salones, se cuele por la elegante escalinata del vestíbulo y sube hasta la dirección. A este ruido de máquinas se une la repentina salida de vapor de una cafetera.

Los títulos circulan por los pasillos como materia prima para la creación. Hubo quien llegó el primer día con una maleta de rueditas repleta de ediciones caras, importadas de Argentina o de Barcelona. En los cubículos abundan los autores con nombres impronunciables exhibidos como declaración de principios o pretexto para iniciar una plática. Hemos ido en excursión a las rebajas del Auditorio Nacional, de la propia Jorge Cuesta: la consecuencia ha sido comer eternamente atún en lata. Pienso en la austeridad a la que se sometió Fernando Pessoa y las deudas que adquirió para seguir comprando ejemplares; así cada uno en la construcción de su paraíso.

El libro como fetiche es un objeto de culto con cualidades sobrenaturales, una máquina energética. Pero también es la mercancía que oculta el trabajo humano: correctores, impresores, encuadernadores, choferes, libreros son fantasmagorías. Nosotros somos también esa parte invisible del proceso editorial: quienes compramos libros compulsivamente y deseamos, además, escribirlos.

Ver, desde la acera de enfrente, la librería y la Fundación evoca la línea de producción de una fábrica. Lo que hoy tecleamos, mañana estará a consignación en la librería de junto y quizá lo consumiremos nosotros mismos como parte de la endogamia que caracteriza al medio cultural. O quizá nadie lo lea nunca. Según la Encuesta Nacional de Lectura, la mitad de la población no ha comprado un libro en su vida.

Lo curioso es que ambos edificios representan los extremos del proceso. El escritor *amateur* —el que ama irracionalmente su oficio— abreva en el sitio donde se recicla la cultura. El deshuesadero. A través de donaciones, llegan a las librerías de viejo colecciones enteras que ahí se desintegran y convierten en hallazgos individuales: ediciones descontinuadas, autografiadas, tachoneadas.

En la librería Jorge Cuesta se aprecian tanto los clásicos literarios, digamos *En busca del tiempo perdido*, como óperas primas de jóvenes escritores, editadas por los estados, subsidiadas; siempre en la cuerda floja entre un camino paulatino hacia sus lectores o el polvoso olvido. A Max Ramos le interesa cuidar esa parte del mercado que no llega todavía o quizá nunca llegará a editoriales o librerías comerciales. Las ediciones limitadas siempre venden, pero hay libros que terminan en la basura. Después de pasar por varios precios, sin encontrar comprador, se convierten en desecho. El destino trágico de los libros y sus autores.

Escucho el teclear de mis compañeros. Me pregunto para qué escribir más libros si ya hay muchos y el índice de lectura en México está muy por debajo de otros países: se leen, por gusto, casi cuatro libros al año (quizá incluyen *El libro vaquero*). En el transcurso

del año, treinta por ciento de los mexicanos no leyeron un solo libro. Pero el problema no es escribir mucho sino la mala repartición del inventario. Un tercio de las librerías se concentra en la Ciudad de México, donde se han registrado cinco por cada cien mil habitantes, en cambio en estados como Chiapas son 0.5 por cada cien mil. Una funeraria junto a un hospital tiene sentido, pero algo no cuadra cuando faltan librerías junto a escuelas, parques, en los barrios, en los centros comerciales de la República. Los lugares sin libros se vuelven inhóspitos, desérticos.

En una visita a la Jorge Cuesta, escondida detrás de un librero, escuché (mi *hobby* es escuchar conversaciones ajenas) que negociaban la compra de una biblioteca, desprendimiento que sólo se explica por una falta absoluta de espacio o la muerte de un bibliófilo. El librero se aproxima como un buitre, con sutileza porque soltar los libros acumulados durante una vida es una especie de amputación

Me doy cuenta de que no se trata de una línea de producción entre quienes escriben, compran y venden libros, sino de una conexión vital. Mientras husmeo los DVD de la librería recuerdo la película *El libro de Eli*: en un escenario postapocalíptico, Denzel Washington lleva la última Biblia que existe a la antigua cárcel de Alcatraz, convertida en biblioteca donde se resguardan los vestigios de la humanidad. Para lograr esta misión, casi divina, debe enfrentar a todo tipo de locos y asesinos en su ruta al oeste: claro, para Hollywood la salvación siempre estará en

Occidente. El argumento es una preocupación recurrente (o quizá un refrito). En *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, frente a un régimen cuya política es quemar libros, una sociedad secreta los memoriza en espera de mejores tiempos cuando las palabras vuelvan al papel.

La desaparición de los libros en su formato histórico es una señal distópica, la pérdida de cualquier esperanza. Para Fabián Casas, el confort que prometen las nuevas tecnologías debilita a las personas. El escritor argentino es escéptico del libro electrónico: el formato tradicional no se ha vuelto obsoleto a pesar de los años porque el papel significa la conquista del tiempo; el mismo que invirtió Tolstoi en escribir sobre ese material oloroso y con textura. Casas es tajante: “Hasta que no esté en papel, el texto no tiene vida, es como el hombre hecho de barro esperando el soplo de Dios.”

Imagino a libreros como Max Ramos protegiendo libros frente al apocalipsis. Habría que salvar no sólo el contenido, la sabiduría universal, sino el arte implícito en cada tomo: el papel, la tinta, la encuadernación. Marshall McLuhan sería uno de los profetas de ese mundo futurista donde la supervivencia de la especie dependiera de la escritura. Incluso aquellos objetos improbables que se guardan en los libros se valorarían como información indispensable del pasado.

En sus compras de viejo, una amiga se encontró una bacha en un libro de Milan Kundera y una foto de una mujer desnuda dentro de *Las locas, el sexo y los burdeles* de Salvador Novo. Decidió observar la imagen de la mujer y fumarse la poca marihuana que quedaba como un mensaje del lector a quien relevaba. Dicen

los libreros que es usual encontrar papel higiénico convertido en separador: los mejores compañeros en cualquier circunstancia...

La Jorge Cuesta es un búnker al que Max ha ingresado, como provisiones, lo que considera imprescindible. Cuenta que estudió teatro, pero descubrió que racionalizaba demasiado los diálogos y las historias como para soltarse con naturalidad en la actuación. Dice haber crecido en orfanatorios, primero de monjas y luego de militares. Encontró refugio tanto del ruido de la religión como de las pandillas en las polvosas bibliotecas de la Iglesia y el Ejército, donde aprendió a limpiar y ordenar libros. Le pregunté a este librero de ademanes escénicos si no lo agobia estar siempre rodeado de materiales. La librería es como el tras bambalinas de un teatro. Un lugar para recoger historias de los cuarenta y cinco mil libros de su inventario y de los objetos extraños que habitan el lugar, no como decoración sino como provocaciones. Muñecos desmembrados, máscaras grotescas, cámaras antiguas, muebles en miniatura, globos terráqueos con geografías imposibles. Max dice tener su patología bien puesta, no le preocupa exhibirse como un acumulador. Para él, la claustrofobia es una habitación con los muros desnudos.

Ése es también el miedo más profundo de un escritor, encontrarse de pronto con los muros de la mente vacíos. Sin imaginación ni motivaciones. Sin recuerdos.

Cada vez que esto suceda, quizá simplemente haya que recurrir al librero como quien va al doctor. Max se desentiende, sin embargo, del papel de guía o pedagogo: “No oriento a la gente, inclusive, si puedo, los desoriento. Yo aprendí leyendo las peores aberraciones. Me di cuenta de que esos libros eran baratos y nadie

los quería, por soporíferos.” Se asume como un mercachifle: cada quien debe encontrar su camino como lector, pero él despliega el mapa con malicia. Observa a los clientes potenciales y, sin decirles nada, coloca un ejemplar especial sobre la mesa o en la vitrina que da a la calle. Para quien los sepa ver, son asideros en lo pantanoso de la rutina. Quizá baste la exposición a ese entorno para sacudirse el cansancio y recuperar la curiosidad.

Entre rarezas y desechos hay diferentes tipos de librerías. Los buenos libreros son curadores de lo usado. Ir a una librería de viejo es exponerse al capricho de otro y sus laberínticas decisiones. Pero también es entrar a un cuenco de destinos. ¿Cómo llegaron esos libros ahí? ¿De dónde vienen? Esas trayectorias dotan de aura al espacio y a los objetos.

Al recorrer lentamente las repisas, mis dedos se topan con *Moby Dick* en inglés, pasta dura, editado por la Universidad de Chicago. Busco las últimas páginas de la novela para comprobar que, en efecto, estén ahí. Joyce Carol Oates relata que la primera edición del libro icónico de Melville salió por error sin epílogo. A los críticos les pareció una pésima novela porque era inverosímil que un muerto contara su historia. Pero Ishmael había sobrevivido.

Aunque encontrar lo que se busca en una librería de viejo sea tan improbable como avistar al gran cachalote blanco, siempre hay hallazgos inesperados. El librero es el cerebro ampliado del lector, pero está muy lejos de ser el *aleph*. Desde un enfoque

estadístico casi chocante, Gabriel Zaid calcula que hay uno por ciento de probabilidad de hallar lo deseado: “Para dar un servicio perfecto, hay dos soluciones utópicas: o tener todos los libros o tener un adivino.” Por suerte, la mayoría de los clientes no saben lo que buscan. Como su acervo tiene límites humanos, su potencia no es la del internet sino la del teatro. Max ordena sobre lo que hay en existencia y lo ofrece de manera seductora como si se tratara de un objeto que el visitante estuviera destinado a encontrar.

Seguramente más de un libro escrito en la F.L.M. ha sido influido por sus insinuaciones secretas. La mente maestra que elabora imaginarios de lectores incautos o de escritores en proceso de investigación. El librero es el interlocutor ideal para un escritor.

Desde Nueva York, la escritora Helen Hanff contactó a un local de libros antiguos en Londres para pedir materiales. Comenzó una relación epistolar con el librero inglés Frank Doel, que se prolongó por veinte años. Con una sencillez entrañable hablaron de ediciones como *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, *El lector común* de Virginia Woolf, *Memorias del duque* de Saint-Simon. El intercambio se extendió a su familia y a los demás trabajadores de la librería Marks & Co a quienes les enviaba, para hacerles más llevadero el racionamiento de la posguerra, desde huevos hasta medias de *nylon*. Las cartas se transformaron en un libro que lleva por título la dirección de la librería: *84, Charing Cross Road*, que se convirtió en obra de teatro y luego en una película protagonizada por Anne Bancroft y Anthony Hopkins. Lo busqué, sin éxito, en la librería Jorge Cuesta.

En *Charing Cross Road* el intercambio comercial se vuelve

afectivo. Gabriel Zaid dice que el comercio es “el toma y daca de una conversación”. De niña, al escuchar a los adultos, esperaba cualquier pausa para intentar sumarme a la ola, practicar el habla y, con ella, el pensamiento, el arte de conversar. Asocio el deseo de ser escritora con querer participar en la conversación ampliada de los tiempos. Eso ha derivado en la acumulación exagerada de libros que duele especialmente durante las mudanzas.

Nos gusta pensar en la cultura como algo más noble, más secreto, más iniciático que la compra de papas fritas, pero el origen del libro es indisociable a su vulgarización. El protestantismo convirtió a la Biblia en un *best seller*. “Todo comercio es conversación”: Gabriel Zaid es optimista frente a la posibilidad de que el saber sea un bien público. Todo forma parte de la fábrica milenaria, como llamó Borges al lenguaje.

En *Tiempos modernos*, Chaplin retrata el proceso de ensamblaje: cada obrero aprieta una tuerca sin ninguno ser dueño de la máquina. En la Revolución Industrial se explotó la fuerza física del hombre, pero en el estadio actual, también se extrae valor del lenguaje, las emociones, la creatividad, las relaciones humanas, como sucede en las redes sociales, por ejemplo. En el capitalismo cognitivo, el producto de mayor plusvalía es la información que se genera al ritmo de escritura del cognitariado. Tanto los escritores jóvenes como las librerías de viejo somos subalternos en este proceso industrial, pequeños recicladores de historias.

A los veinticuatro años, Salvador Novo anotó en *Return ticket* la forma indigna en que envejecen los ejemplares estadounidenses. Esa industria, que lanza continuamente grandes tirajes de

novedades editoriales de bolsillo (*paperbacks*), no cultiva el aura que adquieren con el tiempo los libros de otras geografías. En *En defensa de lo usado*, un Novo más maduro cuestiona el consumismo, la sobreproducción de las máquinas; reivindica lo hecho a mano y el sentido de lo perdurable. Quien goza de los objetos usados —dice Novo— no es que no desee estrenar sino que aprovecha la experiencia ajena. Hay una diferencia entre lo viejo y lo obsoleto: una biblioteca antigua frente a un tiradero de electrónicos. Al fomentar el gusto por lo usado, las librerías de viejo son también saboteadoras del engranaje capitalista y su obsolescencia programada.

Paso a ver a Max, a quien comienza a incomodarle la frecuencia de mis visitas. “Ya te dije que yo no oriento a nadie.” Le pido por favor que al menos me desoriente. Me cuenta de un tal Tolentino que comenzó vendiendo jugos en la colonia Roma. Bajo la cultura mexicana del fiado más de uno le ofreció pagar su bebida con un libro que ya había leído o que no pensaba leer. Don Tolentino, con resignación, aceptaba que los dejaran ahí. Inesperadamente llegó otro que preguntó “¿a cuánto?” Así, poco a poco, la juguería se transformó en un kiosco de libros. A la anécdota le sigue el chiste obvio: “¡Le sacó jugo a los libros!”

Contesto lo optimista de la anécdota con una noticia: la librería Marks & Co que surtía a la escritora Helen Hanff, a partir de 2015 se convirtió en un McDonald’s. Ahora sólo queda una placa en el edificio que consigna la relación entre librero y lectora.

Todo está perdido, le digo, los libros serán sustituidos por hamburguesas de mala calidad. Max revira: en McAllen, Texas, un Walmart se transformó en la biblioteca de un solo piso más grande de Estados Unidos. A punto de perder la paciencia me da un último ejemplo mientras me orilla a la salida: los trabajadores de Silicon Valley han invertido en escuelas donde no se permite el uso de pantallas. En el método Waldorf de educación lo principal es la imaginación de los niños. Si los propios genios detrás de la tecnología confían más en los libros que en las pantallas es porque ahí está el futuro: las librerías de viejo serán de nuevo.

Antes de irme escucho que Max cuenta a otra lectora una historia completamente distinta de su infancia. Sonrío y regreso a la Fundación donde continúa imparable el sonido que producen las teclas cuando los dedos caen sobre ellas con desesperación. También suena la impresora al expulsar borradores calientes a punto de ser corregidos con tinta roja. Me alivia saber (gracias al libro de Jean-Yves Jouannais) que si esos textos no llegaran a publicarse, encontrarían refugio en la biblioteca Brautigan destinada a los manuscritos abortados, abandonados, perdidos en el camino.

Escribo a pesar de la estadística, del miedo al fiasco, en parte porque no sé hacer algo más útil, pero también para procesar los acontecimientos. Imagino cada día como un bolo alimenticio incommensurable que sólo logro tragar de esta forma: una letra, un fonema tras otro. Como los alcohólicos: un sintagma a la vez. Leer es parte del mismo proceso fabril de desintoxicación, una forma de urdir sentido frente al caos.

Contagio

*

Un grupo de ratas ataca con voracidad una montaña de basura. Cosquilleo en todo el cuerpo. Experimento una comezón delirante, me rasco y brincoteo, quitándome su fantasma de encima. Me dan fobia porque intuyo dónde han estado, en qué superficies han puesto sus patas y hocicos, contra qué esperpentos han resregado sus pelajes. Se regodean en objetos exiliados de la intimidad: una lata afilada, el paquete vacío de una pasta de dientes, condones, cáscaras. Instrumentos subcutáneos, portadores de alivios y ahora de infecciones. El cabello, una vez fuera del cuerpo, se convierte en algo execrable, como si nunca hubiera pertenecido a la cabeza.

*

Presas hidráulicas: las personas se abren y se cierran. Se desbordan y erosionan. Nelly contó al resto del grupo cómo había muerto su hermano gemelo. Era una dinámica para conocernos al inicio del curso, pero nadie se esperaba un relato que se atorara

en la garganta. Llevaba el cabello oscuro abundante un poco arriba de los hombros y botas de agujetas. Se paró con solidez frente al pizarrón. Contó una tragedia a la que sin embargo dotó de acción y emociones complejas: risas, llanto y todo lo que cabe en medio. Aprendió a vivir sin una mitad.

*

Traigo *La peste* de Camus para leer en los trayectos o en las esperas, los recuerdos se vuelven mortuorios y la ciudad se infecta de esa atmósfera literaria. En la novela, primero enferman los roedores, mueren por montones a plena luz del día, fuera de las alcantarillas. La ciudad agoniza, el síntoma es evidente, pero en Orán nadie se atreve a pronunciar el diagnóstico. Entre más tarda el anuncio oficial, más se demora la implementación de medidas y más se propaga la epidemia: criatura invisible que recorre sus calles, se mete a casas y habitaciones provocando fiebres dolorosas en los humanos. Conforme pasan los meses, se instauran cuarentenas y los cadáveres se acumulan hasta ya no caber en los cementerios.

*

Estudiar en la facultad implicaba sortear estampidas humanas en pasillos y escaleras mientras a todo volumen sonaba Radio Polakas. Hacer largas e inciertas filas para cualquier servicio: sacar copias o libros en la biblioteca, comprar tacos de canasta, entrar a los sanitarios. En los primeros semestres nos sentábamos

en el suelo cuando no había bancas disponibles, de vez en cuando perros callejeros se colaban y permanecían ahí atentos a los profesores. Recuerdo que en más de una ocasión alguna persona externa interrumpió la clase para pedir limosna. A pesar de estas condiciones y aunque había a quien le tomaba horas llegar en transporte público a la universidad, el estacionamiento estaba lleno. Aunque éramos masa y en principio no deberíamos distinguirnos tanto los unos de los otros, por arte de imantación, casi todos los amigos que conservo de aquella época vienen de secundarias o preparatorias privadas. Espacios auratizados, cerrados en sí mismos, homogéneos —y por tanto ciegos al mundo— que intentaban reproducirse en cualquier parte. Alguna vez me invitaron a una fiesta cerca del Bordo de Xochiaca. No fui. Me pareció complicado llegar y luego regresar en la madrugada. Me mantuve en mi espacio amurallado.

*

Orán es un puerto al norte de Argelia. Un sitio junto al mar que fue construido dándole la espalda; desprovisto de la gracia que provoca ese horizonte, es caliente y seco, monótono, en general, un lugar incómodo para enfermarse.

Camino junto a los ambulantes que levantan el negocio afuera del metro Tacubaya. El pavimento se ha vuelto ceboso, suave, gris, mi zapato se hunde a cada paso: pienso en la piel de un roedor que podría salir corriendo en cualquier instante, moverme el piso y lanzarme al vacío. Respiro hondo, aspiramos toxinas pero al menos seguimos vivos: las ratas siguen ahí, afanosas en sus labores.

Un hombre recostado en el suelo se ha cubierto con cartones; más que haber improvisado una cama, asemeja un ataúd que respira. El desempleo, la imposibilidad de integrarse a un sistema competitivo, ¿serán formas de la peste? Padecimientos que obligan a salir de circulación, volverse dependiente, inservible.

*

Dicen que la limpieza excesiva de las ciudades del primer mundo recubre espíritus menguantes y que nuestro caos es pulsión vital. Si soy una maniática de la limpieza, ¿estoy muerta por dentro? Una bolsa de plástico transparente, en la que antes hubo papitas con valentina, se me atora en el zapato y el viento crea una especie de sello hermético que impide removerla.

*

Me despedí de Nelly un viernes por la tarde en la facultad. Lo recuerdo perfectamente aunque ha pasado una década. La semana siguiente nos informaron que estaba desaparecida. Sus padres la buscaron por semanas, hasta que la policía encontró su cuerpo torturado en el Bordo. No era la única víctima, las demás compartían su fisonomía: mujer, tez morena, estatura baja, cabello largo. Todas estudiantes o trabajadoras jóvenes que viajaban de noche por horas en el transporte público para regresar a sus casas en el Estado de México.

*

Si algo caracteriza a las sociedades de consumo es que producen no sólo desechos materiales sino humanos. El consumidor fallido se convierte en un ser residual que no tiene cabida más que en la periferia. Para Zygmunt Bauman, la sobrepoblación como concepto es un timo.

Los *sobrepobladores* son quienes tienen bajo poder adquisitivo y las zonas más sobrepobladas lindan peligrosamente con los basureros, el desagüe y las cárceles. Comunidades de contagio, lugares incómodos para enfermarse o, en todo caso, para sanar. Lugares que conspiran contra la supervivencia.

En México hay sectores privilegiados que jamás experimentan la sobrepoblación. Otros, la clase media bisagra, entramos y salimos del hacinamiento, aunque ciertos espacios nos estén vetados tanto en las élites como en los barrios.

*

Me acerqué al Bordo y me pregunto si lo que vi es producto de una mirada que no sólo es ajena, sino quizá alienada. Veo lo que he leído o lo que temo o lo que me obsesiona. Se anunciaba un teléfono de auxilio para personas con familiares enfermos. La palabra “Esquizofrenia” ocupaba muros completos. Caminé por esas calles sin árboles, entre el gris de las casas y las tiendas enrejadas. El sol me mordía la cabeza. También había niños jugando en la calle, algo que ya casi no se ve en el centro de la ciudad. Antenas parabólicas, discos interminables, un sistema solar de televisión barata. Obra negra con las varillas desnudas: fracaso

o proyecto, esperanza o ruina. Propaganda priísta. Un grupo de vecinos levantaba una carpa y bocinas para una fiesta en medio de la avenida. Combis blancas, carretas jaladas por caballos para recoger la basura. Gente caminaba por todos lados, con sus hijos de la mano o solitarios bajo el sol.

*

Hablé pocas veces con Nelly, pero a lo largo de los años se ha convertido en una huella. El fin de la calma. De niña me atemorizaban los anuncios de desapariciones en la televisión, la voz sombría del locutor, esas fotos en blanco y negro y, sobre todo, las señas particulares (una prenda, un lunar junto al labio), la última vez que fueron vistos. Intento reconstruir la última vez que la vi en la explanada de la facultad junto a un puesto de dulces: sus botas, su cabello oscuro, su lunar, ¿tenía lunar?

*

Por más que nos repugnen, las ratas son el termómetro subterráneo de la existencia. La novela termina con un aviso: la bacteria de la peste no muere, duerme en la intimidad de nuestras habitaciones, en la ropa, los muebles, pero en cualquier momento los mamíferos promiscuos pueden tirarse por la borda, morir sobre las banquetas, y ésa será la señal.

*

Cerca del Bordo sentí su fuerza gravitacional. No sólo inunda con su olor las colonias aledañas sino que atrae como los hoyos negros. En mayor o menor medida cualquiera podría ser abducido, convertido en paria o en cadáver. Ese vértigo opera como el epicentro de un terremoto; es ahí donde alcanza su mayor fuerza, pero sus efectos avanzan por kilómetros, lo cimbran todo. La fetidez se convierte en una presencia invisible, una huella distante —aunque profunda— de nuestro propio olor.

Las ciudades se empeñan en desplazar los desechos, la mugre, lo reprimido; la peste misma, si ocurre, debe hacerlo lejos de los negocios de cuello blanco. En la Ciudad de México ese “lejos” en realidad está bastante cerca. Por más que las revistas de turismo nos quieran hacer creer que aquí huele a café recién hecho, a taquitos con piña o al vapor aséptico de las tintorerías, cuando el tufo del Bordo arrecia, no hay forma de negar el paisaje oceánico del basurero. Ese mar se derrama de a poco, se percibe disperso, en oleadas inocuas, pero el clamor del tsunami late en nuestro inconsciente.

*

Todo centro produce una periferia para colocar sus basureros. Naomi Klein afirma que el Tratado de Libre Comercio incluyó a México para verter ahí sus desechos. El muro de Trump es el intento por evitar que su propio basurero se derrame sobre ellos. Europa que históricamente ha extraído riqueza de sus excolonias, ahora las utiliza para tirar su basura. En Ghana, por

ejemplo, cada año desembarcan millones de aparatos electrónicos usados: negocio dañino para la población africana. Como una venganza de la naturaleza, hace algunos años las playas de las Islas Baleares, destino predilecto de los turistas alemanes, se llenaron de toneladas de plástico provenientes de Argelia, otro país africano al que se mandan desechos tóxicos europeos. La basura debía estar lejos, pero las ciudades periféricas crecen, se desarrollan y requieren sus propios muladares.

“Los basureros son los héroes olvidados de la modernidad”, dice Bauman. La eliminación de desechos es una industria indispensable para que el resto de la producción funcione y Bauman encuentra una conexión con los servicios de seguridad. Ambos forman parte de la política de encubrimiento “orientada a conjurar el retorno de lo reprimido”. Él recuerda que después de la Segunda Guerra Mundial hubo gran optimismo en la reconstrucción de los valores humanos, se fortaleció el Estado de bienestar; sin embargo, una vez que acabaron los treinta años gloriosos, lo que se conoce como la edad de oro del capitalismo, el discurso cambió por completo. Después de la reconstrucción, la supuesta fe en la humanidad se convirtió en miedo al otro. El Estado de bienestar se volvió Estado penal persecutorio. Bauman explica que los delincuentes son representados en el discurso oficial, cada vez menos como víctimas reintegrables al sistema y más como seres peligrosos que es necesario desterrar. Expulsar migrantes, expulsar basura, expulsar toda anomalía para mantenernos a salvo.

*

Vivimos como el animal que se atrinchera obsesivamente en *La madriguera* de Kafka. Reúne provisiones para tiempos difíciles, pero entre más engrosa su alacena, más inseguro se siente. Teme que alguien descubra su guarida. Todo sonido le parece amenazante: los demás saben —él cree que saben— que ahí guarda comida, la huelen. El aislamiento le impide distinguir entre los peligros reales y sus delirios. Ni siquiera disfruta de su botín porque está demasiado ocupado en inventar mecanismos y trampas para protegerlo. En algún momento logra salir de la madriguera y entonces el dilema está en regresar sin ser visto. Es tan difícil resolverlo que decide dormir afuera. Una vez en el exterior se da cuenta de que su situación no es tan desesperada como creía, que el riesgo no es tan grande, pero cuando regresa al encierro se le olvida. Adentro siente una culpa cuyo origen desconoce y se arroja a las espinas para castigarse. La culpa se asocia a estar aprehendido, ser rehén de una situación, no tener escapatoria. Él está atrapado en su propia situación segura.

*

Quizá el único remedio para la culpa sea alejarse de la zona vigilada y conocida. Abrir las compuertas y dejarse vulnerar. El Bordo es un rompeolas y la ciudad entera da traspies en su filo. Lo que revienta del otro lado es el precipicio. Que el centro vaya al Bordo para mirarse a sí mismo. Las presas hidráulicas se parecen a las guillotinas. Cortarle la cabeza al miedo.

*

En *La peste* la población entera sufre un exilio en su propia ciudad porque las fronteras están cerradas. Los bubones o llagas atacan primero a los pobres, pero luego su avance es incontenible y no distingue clases. Los sanos deben convivir con los enfermos y acostumbrarse a la posibilidad del contagio.

La peste vuelve a Orán una ciudad igualitaria donde nadie tiene mejores sepelios que otros porque, de cualquier forma, todos los muertos son lanzados a fosas comunes. “Se acaba la policía, los crímenes pasados y actuales, se acaban los culpables.” Otra ventaja: no se pueden acumular enfermedades. A quien ha sido infectado, difícilmente le dará cáncer o será arrollado por un automóvil.

Una de las tesis de Camus es que todos, vivamos donde vivamos, somos unos apestados y debemos hacer el mejor esfuerzo por no contagiar a los demás. Cuidar a los otros. Nos sabemos dañinos y cuando queremos hacer el bien es sólo una inversión de nuestra propia violencia. Las iniciativas humanitarias vienen de los países que han colonizado, extraído riquezas y contaminado al planeta. Parten de la culpa y la reparación asimétrica en lugar de entender las relaciones recíprocas que establecemos con los otros.

*

Las ratas son el Otro absoluto. Por eso les ponemos trampas y venenos de todo tipo. Paradójicamente, su cerebro, forma de reproducción e instinto de supervivencia son espejos del humano. Dan

fobia porque son la materialización del miedo a ser violentado, enfermarse, ser despojado, perderlo todo y caer al Bordo. Podríamos empezar por referirnos a los miedos por su nombre. Femicidio.

*

La peste ilustra otra tesis en relación al contagio. En Orán, los médicos, aquellos que están más cerca de la enfermedad o que incluso la han padecido, son los más aptos para la empatía. Sólo ellos pierden el miedo a la muerte. Quizá haya que pasar por la enfermedad para curarse. Pero aquí las epidemias no acaban de manifestarse del todo. Anagnórisis interrumpida. Fantaseo con guerras, pestes, tragedias prolongadas que merecieran títulos extremos, taquilleros, estilo Hollywood (*Destino final*, *Armageddon*, *Contagio*).

*

Paseo ahora por las banquetas levantadas de una colonia privilegiada donde las rentas se disparan a costa de reparaciones interminables. Hay hoyos, cintas naranja, ruidos taladrantes y obreros con los rostros cubiertos de polvo. Huele sutilmente a Bordo, al oleaje del abismo a la distancia. Intento esquivar los obstáculos de asfalto cuando de pronto aparece, en medio de la banqueta, una rata muerta, boca arriba, inflada. Tiene una expresión de pánico, similar a la mía al verla.

Películas de amor

Un tacón delante del otro, Orquídea desfila hacia la sala donde una cama corona el espacio. En un milagro del *spandex*, el minúsculo vestido amarillo se embarra contra sus curvas. Prende incienso para disimular el olor de las cubas que ha bebido en las últimas horas. Se recuesta: el cuerpo del deseo, al centro. Tendida en una posición incómoda abre *El código Da Vinci* en cualquier página mientras acaricia sus muslos cubiertos de diamantina. Sabe que Ariel está por llegar. Sus pies dan hacia la puerta principal, pero retar las leyes del *feng shui* no impedirá la revolución energética de este cuarto piso en la esquina de dos ejes viales.

Encendido por las imágenes en su cabeza, Ariel sube las escaleras a trompicones. Se detiene frente a la puerta. Respira. Se persigna. Finalmente, el hombre calvo, robusto, entra al departamento donde ella se hace la sorprendida y lo recibe con una voz grave apenas audible; habla en monosílabos, ese famoso e inmortal sí. De inmediato la toca por encima del vestido, exagera sus movimientos. Disociada de la coreografía erótica y del cuerpo mismo, su voz huye dando traspiés, salta de un tema a

otro, pregona con voz muy alta —actitud cantinera— sobre la crisis en el país y el fútbol. De pronto se crispa, se paraliza en un rictus cuando ella, sin previo aviso, se descubre el pecho. La mira a la altura justa y emite el veredicto: “¡De esto pido mi limosna!”

Después de un rato de caricias atropelladas, él se retrae y exclama: “¡Quieto, Satanás!”, se disculpa, dos amigos lo esperan afuera, debe irse.

Sin perder el trance erótico, Orquídea, flor antigua que se abre al placer masculino, sugiere una fiesta de cuatro. Casi de inmediato, como si la invitación les hubiese llegado por telepatía, dos hombres más aparecen en la habitación: son los amigos de Ariel, por lo menos veinte años menores que ella. Y empieza el jolgorio: pronto todos quedan desnudos salvo por los calcetines. “El suelo está frío”, se justifican.

Tan sólo con su forma de arquear la espalda, Orquídea podría voltear la cama y hacerlos naufragar a todos. Su floral nombre artístico significa testículos, reúne las fuerzas femeninas, masculinas y la tempestad. Ariel falla en seguirle el ritmo; sus amigos funcionan como caballería, se relevan cuando la Gorgona amenaza con devorarlos. Ariel, aún jadeando, alienta a su selección: “¡No se cansen, muchachos, pónganse la verde!”

Desde el otro lado del cuarto, tras el reflector, seis testigos observamos. Uno de ellos, el del brazo tatuado con el nombre “Irene”, está más exasperado que el resto. Por fin grita lo que ha querido desde hace un rato: “¡Corte!” Es el director Héctor Reyes, quien aprovecha el retoque de maquillaje para reprender a los actores: “¡Quiero más cachondeo!, esto parece telenovela de

las seis.” Orquídea, la estrella de la película, lanza su cabello empapado hacia atrás mientras sus tres colegas, desnudos hasta el tobillo, escuchan las instrucciones del director.

Mundo de ventajas

Me citó en un casino del Centro Histórico. Al fondo del lugar, detrás de un grupo de señoras en sus últimos cuarenta, Nibardo Ríos respondió a mis preguntas susurrando, como si su atuendo no delatará su oficio: playera estampada con “Natural Born Hustler”, hebilla de calavera, paliacate en el bolsillo trasero, cabello relamido, un par de rasguños en el cuello y cigarrillos Delicados atorados en el dobléz de la manga.

Con ese *look* podría ser personaje de película fronteriza o, lo que de hecho es, director de la revista *Pornstar*. En el medio le dicen Bardo, y es un enterado absoluto de la pornografía mexicana. Lo entrevisté para la revista *Chilango* y me presumió que acababa de terminar su libro *Pornostar de aquí*, donde repasa los últimos diez años de la industria pornográfica nacional.

Bardo recibió papeles de manos de su contador en la cafetería del casino, que más bien parecía su oficina. “En el porno todo cae fácil”, dijo mientras describía este submundo en el que no hay dinero. “No se le puede invertir mucho a una película porque no se recupera”; la piratería y la falta de un *star system* mexicano impiden el desarrollo de una industria que en el mundo genera alrededor de noventa mil millones de dólares, según Kassia Wosick, investigadora de la Universidad de Nuevo México.

Y no es que aquí no nos guste consumir pornografía: la Asociación Mexicana de Internet reporta que ocupamos el segundo lugar mundial en visitas y creación de estos sitios, y estamos entre los diez primeros lugares de consumo de pornografía legal e ilegal. Esto en los últimos quince años, en los cuales se ha acelerado el desarrollo de la tecnología; sin embargo, nuestra historia en el mundo del porno se remonta a principios del siglo XX. Gilles Larroche, curador de la Colección de Pornografía de la Cinemateca de Toulouse, documentó el hallazgo, en un sótano de la Ciudad de México, de una cinta que contiene más de doscientas vistas de sexo explícito filmado alrededor de 1895, probablemente por los hermanos Lumière.

En Estados Unidos este negocio centenario genera entre nueve y trece mil millones de dólares al año, la mayoría producidos en su paraíso XXX: Los Ángeles, California. También se tienen estadísticas de Brasil donde se facturan treinta millones de dólares al año, según la Asociación Brasileña de Empresas del Mercado Erótico. En México no existe este tipo de organismos y la información se pierde en el comercio informal: no hay instituciones pero sí consumidores.

Si Jenna Jameson, considerada icono cultural por la *New York Magazine*, gana alrededor de dos millones de dólares al año, en México una actriz porno profesional recibe honorarios de entre siete y nueve mil pesos por película.

A través de Nibardo conocí a Fiona, una actriz porno mexicana que deseaba hacer una carrera en este negocio. Entonces tenía veintiocho años y se había constituido como un personaje sexual —ya le pedían autógrafos en la calle—, identificable a

primera vista tanto por su voluptuosidad como por los accesorios: *piercings* en casi todos los rincones perforables, tatuajes y pupilentes que le daban una mirada vampiresca. Tenía cuatro años en el porno y estaba decidida a convertirse en una estrella internacional del *performance* sexual. En unos meses viajaría a España para probarse en la pornografía europea.

Durante sus grabaciones Fiona hacía mancuerna con Sergei, un tatuador de veintiocho años cuya principal cualidad escénica era el tamaño de su pene: medía veintidós centímetros. Su personaje tenía, como el de Fiona, un toque gótico: cabello largo, gubardina negra, un tatuaje detalladísimo de Lovecraft en el antebrazo; a pesar de tener un rostro atractivo, sólo salía a cuadro su gran cualidad. Si bien su retribución oscilaba entre los mil quinientos y dos mil pesos por película, aseguraba: “Lo hago por placer, ella me encanta, nos la pasamos en la fiesta, aunque hay profesionalismo ante todo.”

Bardo ha trabajado con esta dupla gótica en varias grabaciones. Por esas fechas había puesto la mira sobre una bailarina de veintidós años que lo acompañó a la entrevista y cuya fantasía era ser actriz porno: “Mi único miedo es que mi familia se entere”, dijo a pesar de que vive sola desde hace siete años. Bardo ha perfeccionado métodos publicitarios para convencer a potenciales actrices. El tono con el que presenta “un mundo lleno de ventajas” suena a infomercial que bien podría ser de pornografía o de un tiempo compartido: “Un espacio para hacer realidad tus fantasías.” Las ventajas aparentes urgirían a cualquiera a llamar antes de que terminen los siempre providenciales cinco minutos: 1. dinero fácil (aunque el pornógrafo admite que “si se tratara

de dinero, deja mucho más la prostitución”); 2. la posibilidad de volverse multiorgásmica por el uso de juguetes y lubricantes; 3. el anonimato por la caracterización, y finalmente, 4. la no permanencia porque el porno se recicla muy rápido. La oferta de Bardo también es de carácter existencial y de una sobriedad casi académica: “La relación sexual entre dos adultos es la expresión de la libertad absoluta.”

Aunque no hay un censo de productores, el pornógrafo Marco Antonio Bustos, conocido como “Maldoror”, declaró a *El Universal* que sólo hay cerca de diez pornógrafos registrados como personas morales. Las producciones son revisadas por la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), que pone especial atención en que los participantes sean mayores de edad para autorizar la distribución a través de voceadores. Sin lujuria en los ojos, Bardo reflexionó: el porno es una industria hecha para hombres porque “son las mujeres y sobre todo las latinas quienes tienen un desarrollo abrumador. De las quince películas que he grabado, sólo he conocido a un hombre (Sergei) que puede hacer de su sexualidad un espectáculo y cometí el error de decírselo porque ahora quiere cobrar más”. Con su atractivo, potencia sexual, erotismo inherente, las mujeres mantienen vivas, apenas, las cintas pornográficas mexicanas, que en la industria se catalogan como “películas de amor”.

Las protagonistas

El pornógrafo fue respetuoso conmigo; me sorprendió lo cómoda que me sentí platicando con él, incluso si por momentos parecía estarme ofreciendo trabajo. Bardo hizo énfasis en que las protagonistas de la industria son las mujeres, sin embargo, la mayoría de los consumidores son hombres. Decenas de actrices porno en Estados Unidos han denunciado abusos sexuales durante los *castings* o las propias grabaciones. La contabilidad que revisa y el interés en los millones que se hacen en Los Ángeles o en otros sitios me hacen dudar si en verdad están ellas al centro como diosas sexuales tal y como lo pinta él.

En un país de feminicidios, trata de blancas y todo tipo de violencias, me pregunto si hay posibilidad de una pornografía que no atente contra la integridad de nadie. Aquí donde publicistas y televisoras sacan provecho de la voluptuosidad femenina, me pregunto si las mujeres podrían ser estrellas y empresarias de sus propios genitales o si es algo que sólo pueden usufructuar los otros.

Una figura del empoderamiento femenino a través de la pornografía es Annie Sprinkle. Ella se convirtió en prostituta y actriz porno en los años setenta en Estados Unidos; en 1981 dirigió su propia película *Deep Inside Annie Sprinkle*, en la cual explora y explica a cuadro cómo conseguir orgasmos femeninos; asegura que existen siete diferentes. Esto era inédito para el porno en cuanto a técnica narrativa, pero también por mandar un mensaje: las mujeres pueden tomar el control de su propio placer. Mientras algunos movimientos feministas se oponían a la pornografía

y a la prostitución, Sprinkle “pornificó el feminismo”, explica Itziar Ziga. Más adelante, Annie crearía una corriente muy particular a la que denominó “posporno” bajo la consigna: si no te gusta el porno que existe, haz el propio. Según su definición: “Posporno es material sexual explícito, que no es necesariamente erótico, suele ser más irónico, más político, más experimental, más espiritual, más feminista, más alternativo, más intelectual que el porno. El posporno también está hecho para excitar, pero no únicamente a los hombres, y también está hecho para pensar, experimentar, dialogar.”

Todavía es una producción de nicho, pero el posporno es cada vez más popular en diferentes partes del mundo, incluyendo a México. La Muestra Marrana es un festival de pospornografía que comenzó en Barcelona en 2008, reuniendo a las principales exponentes de la sexualidad subversiva. Además de la muestra de videos, hay *performances*, sesiones de discusión teórica y talleres marranos. En 2015, la muestra llegó a la Ciudad de México.

Asistí a una Muestra en Barcelona en 2016. Después de tres días de ver “sexo zombi”, “sexo tullido” (muñones, sillas de ruedas adaptadas con vibradores), “sexo gordo”, el festival logró en mí lo que se propone: renovar el imaginario pornográfico. Descubrí que la representación del placer no es restrictiva de los cuerpos normativos. Todo el mundo tiene derecho a disfrutar de su cuerpo, lucirlo, vivirlo sin vergüenza: pensé mientras bailaba entre biomujeres *topless* en la fiesta de cierre donde la banda VaginoPlastia tocó punk o alguna música sin género o degenerada que no quisiera etiquetar.

Recordé entonces a Orquídea. Al final, ella también era una disidente del sexo, una subversiva a quien ni los celos de su esposo ni las cicatrices ni la edad ni los prejuicios sociales ni la falta de una industria XXX le habían evitado llevar sus deseos hasta las últimas consecuencias.

Annie Sprinkle sabía que el sexo es un arma de doble filo, sirve para la liberación o para el sometimiento. Ella disfrutaba hacer porno comercial pero a través de eso descubrió lo que la transformó por completo, el posporno. El sexo es complejo: existen quienes jamás han visto ni verán un sitio XXX, ya sea porque lo consideran indecente o porque no se les antoja; también hay a quienes el porno *mainstream* les parece ofensivo y machista pero disfrutan el posporno, y, finalmente, a quienes nada más no les prende el porno alternativo y quieren al clásico plomero que llega a visitar a la mujer indefensa. De la misma forma, hay mujeres que sufren abusos y explotación, que son orilladas al porno a falta de alternativas; sin embargo también hay quienes eligieron ese papel y lo ven como una carrera lucrativa.

Vendemos fantasías

Orquídea da su nombre de batalla. Tiene más de cuarenta y una cicatriz de cesárea bajo el tatuaje de un fénix. Como a Annie Sprinkle, aunque sin el contenido político, le gusta escribir sus propios guiones para elegir la situación sexual; un mero *hobby* porque, al menos en esta producción, sólo le dieron las gracias tras hacerse satisfacer con tres hombres. “Entré a esto porque es

un espacio donde puedo ser y hacer lo que más me gusta. Yo sé que no soy ni la más joven ni la más bella, pero descubrí que con el sexo todos los problemas se ven más pequeños.”

Susan Sontag, a quien se le llamaba “la inteligencia de Estados Unidos” y a quien me divierte imaginar desnuda, decía que “la pornografía es un teatro de tipos, nunca de individuos”. Basta hablar con Orquídea para ver más allá de la representación erótica. Se trata de una mujer que decide poner en escena su deseo. Paul B. Preciado, a quien tuve el privilegio de ver en ropa interior durante un taller, describe la pornografía como un *loop* de excitación-frustración que inunda las formas de espectáculo de la vida contemporánea. Sin embargo, para quien como Orquídea disfruta crear porno, la frustración no es la misma que para quien la consume en la soledad de su habitación.

Ella goza sobre la cama mientras Héctor Reyes, el director, impone un corte en el set. La palabra es excesiva: más que set, es el departamento del propio Héctor, frente a la Alberca Olímpica en la Ciudad de México. No hay clandestinidad: los vecinos están al tanto del giro de Héctor, quien nos exige portar un gafete de *staff* de Matla Rock con su logo, una figura prehistóricamente sexual. Con una cachucha de la naciente empresa, ojos vidriosos, brazos tronados y playera también con el logo distintivo, Reyes le indica a Orquídea recostarse de nuevo sobre la cama.

En el librero de la estancia hay una colección de textos *ad hoc*: *Orgasmo total*, *Antropología estructural*, *Guía sexual moderna*; en lugar de sillones, hay una cama *queen size*. Litografías de Remedios Varo, una foto de Héctor con su novia. Sobre la mesa del comedor, un tequila Viuda de Romero, coca *light* y papitas.

Y el *staff*: el señor Zapata, experto en tomas vaginales; Eugenio Matla, dueño del negocio; y una muchacha de cabello relamido cuya voz nunca escuchamos y a quien Héctor describe como “apoyo para la producción”.

Detrás de la puerta de la cocina, uno de los actores de refuerzo anda de un extremo a otro. Tiene aspecto militar: casquete corto, playera blanca, piel curtida por el sol, estatura baja, brazos musculosos. Conoció a Héctor en la Expo Sexo y la curiosidad lo trajo aquí: “Me voy a poner a prueba”, dice entre risas. No le contó a nadie en su prepa. Lo que no revela su boca, lo hace su transpiración profusa, sus manos inquietas sobre el pantalón cuando comienza la escena. Nunca logra una erección o empalme, como le dicen aquí, por más apoyo que recibe de la *buffer* —la muchacha del cabello recogido—. Ésta era su fantasía y una vez lanzado al ruedo es demasiada la presión. Se le ve caminar cabizbajo vestido solamente con sus calcetines oscuros. Ariel, el protagonista de la trama, a pesar de ser el más experimentado, tampoco logra un empalme. Pero asegura que “son gajes del oficio. Te pones nervioso con tanta gente observando”.

Tras un breve encuentro tumultuario sobre el colchón, se retiran estos dos actores. Pasan junto a mí con la derrota en el cuerpo. Y le dejan el balón al “Perforador” (se dedica a poner *piercings*). Al centro de la sala, la mariposa tatuada en la espalda baja de Orquídea regresa constantemente al abdomen del chavito flaco y cacarizo, el único que dio batalla a la fuerza sobrenatural de esta mujer. Pero se estanca a la mitad del rito de iniciación.

Tampoco se les puede exigir demasiado: si en Brasil se gana noventa mil dólares con una inversión de treinta mil, en México,

según los cálculos de Héctor Reyes, con veinte mil pesos se graba un *videohome* que puede reeditar alrededor de cincuenta mil pesos: treinta libres para el productor. En este tipo de cintas predominan las incursiones espontáneas, mujeres que lo hacen una sola vez por curiosidad; hombres cuyo único pago es el sexo durante la grabación. “En cambio en Gabacho han experimentado con lo que se te ocurra: sexo sin gravedad, bajo el agua...”, dice Héctor. Aquí apenas se puede garantizar lo mínimo: “Trato de ser lo más profesional posible: uso imprescindible del condón, sin viagra ni prostitución, porque de por sí es un mundo cochín, si lo embarro más se hace una porquería.” Éste es su sueño: “vender lujuria”. Su objetivo es revivir las funciones de medianoche para llevar su trabajo a los cines comerciales. “Quisiera hacer del *videohome* en México algo impresionante como en Estados Unidos, donde incluso gigantes del entretenimiento han visto la oportunidad de negocios y se han vuelto distribuidores.”

De vuelta en el set, la inexperiencia de sus actores no impide que Héctor trate de solucionar la crisis. Agita el brazo con desesperación en busca de quien pueda dar ese final indispensable, ya sea alguno de los actores, alguien de soporte técnico o él mismo.

Mi musa

El Triste observa desde un sillón al fondo del cuarto. “Mira, a ellos no se les para y yo desde que llegué ya estoy...” Se le ve ansioso por escuchar ese sonido “como cachetadas” que significa que

“ella está a punto de venirse”. No es un espectador casual. El marido de Orquídea captura el momento para el álbum familiar: con el cabello trapeando el piso, ella le guiña un ojo mientras otro le da placer.

Estar en una situación así hubiera sido impensable para él hace algunos años. El Triste y Orquídea se conocieron en un grupo de danza regional hace más de dos décadas. “Siempre me ha gustado mucho su cuerpo; su busto, sus piernas, su cabello largo. Antes de cruzar palabra sabía que sería mía.”

Desde el principio hubo una atracción sexual que él describe como salvaje. Alguna vez, una patrulla en Cuemanco los detuvo con los pantalones abajo; lograron cubrirse con la *Guía Roji* y el poli no se dio cuenta. Él tenía una afición por la fotografía y ella por el desnudo; la exploración en serio comenzó cuando le propuso tomarle fotos desnuda en el puente peatonal que está frente a Plaza Cuicuilco.

“Me puedo pasar horas viéndola probarse ropa y comprándosela; le digo que se pinte las uñas, que se arregle el cabello.” El Triste piensa que otros hombres no hacen lo mismo con sus parejas porque no están realmente interesados en ellas.

Sin embargo, esta intensidad se tradujo en celos constantes por parte de El Triste que explotaron tras la primera infidelidad. A él literalmente se le paró el corazón y al recuperarse tuvo que tomar terapia para comprenderla. A raíz de esto se refugió en lecturas que le permitieran relativizar la monogamia. Después de una separación, llegaron a un acuerdo de libertad sexual. La canción de Pablo Milanés, “El breve espacio”, “se volvió mi *modus vivendi*, si no puedo evitarlo, mejor participo y lo disfruto”.

Cuando ella le pidió permiso para “fajarse” con un hombre en el estacionamiento de un antro, El Triste aceptó a condición de cuidarla y ver. Ser testigo de lo que por mucho tiempo fue su peor miedo lo sacudió y entonces los celos desaparecieron para siempre. Estar en sintonía con ella “fue como abrir la caja de Pandora porque es una máquina sexual con orgasmos explosivos y ahora no tiene que reprimirse”.

Conocieron a Héctor en la Expo Sexo y tiempo después, en una cena, surgió cierta química entre el director y Orquídea. Hubo un encuentro sexual con El Triste como espectador. Así fue que llegaron a este set, sólo por gusto, no por dinero.

El Triste sabe que a ella le gusta ser vista: “Si en el metro le dicen un piropo, le hacen el día porque confirma que no pasa desapercibida. Además es una persona muy preparada, le gusta leer y puedo platicar con ella de arqueología, de lo que sea. Es mi musa.” Él es dentista, tienen tres hijos y un nieto que desconocen su pasatiempo, y una videoteca bajo llave en su casa.

Circuito de la muerte

Lo que jadea sobre las butacas de la sala del cine Erotika en República de Cuba 85 parece un ciempiés humano, contrastado por la luz de la pantalla donde se ven, en enorme formato, partes íntimas que se tornan monstruos. La sala está húmeda como sauna. Tocar cualquier cosa implica enfrentarse con toda clase de horrores hipotéticos.

La proyección en pantalla en realidad no es tan importante,

no lo parece. Las dos filas de los extremos son para las parejas y en el centro los grupos o los *swingers*: ese día había una fila india de más de seis personas, que después de unos minutos regresaron a sus asientos: refán y platicaban de cualquier tema menos de sexo.

La industria del porno sí tuvo un *boom* largo en esta ciudad, y no tanto por las producciones, sino por los sitios donde se proyectaban. En 1917 surgió formalmente la industria cinematográfica en el país; el porno le llevaba veinte años de ventaja. De 1920 a 1950 hubo un auge en la construcción de teatros y salas como el cinema Venecia, el Teatro del Pueblo, el cine Goya, el Savoy, el Marilyn Monroe, el Teresa, el Roxi, el Majestic, entre más de doscientos. Espacios majestuosos desde cuatrocientas butacas (el Tacuba) hasta cinco mil (el Florida, que fue el más grande de México) donde se exhibieron, abierta o clandestinamente, cintas pornográficas de diferentes partes del mundo.

La Filmoteca de la UNAM resguarda cuarenta y un cortometrajes de la época, de los cuales veintiséis son producciones mexicanas. Resalta *El sueño de Fray Vergazo*, por ser la primera en la que aparece un homosexual. Películas mudas con carteles para las expresiones de coqueteo o placer.

Por otro lado, el porno gay ha sido el más exitoso. *La putiza* es oficialmente la primera película erótica gay; la producción de Wham Pictures atrajo atención internacional por desarrollarse en el mundo de la lucha libre, por usar recursos como efectos especiales, animaciones y un sentido del humor basado en albures. Ganó el premio Heat Gay 2004 a Mejor Guión y Mejor Película en el Festival Internacional de Cine Erótico de Barcelona. Ésta,

junto con la secuela *La Verganza*, son los máximos exponentes del porno nacional.

Al frente de la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), Margarita López Portillo, hermana del entonces presidente, llevó al cine a un *impasse* por la falta de presupuesto y la censura. Una forma de boicotear lo que no fuera de su agrado —en particular el cine crítico y el de ficheras que estaba de moda en los años setenta—, era relegarlo a cines de mala fama como El Savoy o El Teresa, donde se proyectaban abiertamente cintas pornográficas. Se asumía que en estos espacios periféricos, que críticos como Jorge Ayala Blanco han llamado “El círculo de la muerte”, estas producciones no tendrían éxito ni trascendencia.

En el gobierno de Carlos Salinas se vendieron o privatizaron las salas de cine y se construyeron modernos multicinemas; quebró Películas Nacionales, una de las grandes distribuidoras de cintas mexicanas de todos los géneros. Ante la popularidad del formato Beta, los antiguos teatros se volvieron espacios insostenibles con un público marginal; los que lograron sobrevivir se convirtieron en cines porno. En el 2000, con el internet y el DVD, se pensó que el porno mexicano tendría un segundo aire, pero al contrario, la piratería ha terminado por minar su camino.

Al subir las escaleras en el cine de República de Cuba, décadas después del auge de los cines para adultos, el único momento verdaderamente erótico de la función: una puerta al final del pasillo enmarca a contraluz la silueta de una pareja. Ella, delgada, se sostiene de la pared, sus piernas apenas flexionadas, el pelo largo sobre la diagonal de la espalda, mientras él la toma de la cadera. Y tal como lo dijo Nibardo Ríos, nadie en el cine ponía

atención a los rostros en la pantalla. Un punto a favor del anonimato; una promesa cumplida.

Clímax y anticlímax

En el set un gato se pasea alrededor de la cama, esquiva el rollo de papel de baño sobre el buró, olfatea los tenis del Perforador. Si nos pudiéramos exquisitos, pensaríamos en un cuento de Juan García Ponce. Pero es sólo un gato cruzando la normalidad de una industria que, al parecer, existe a fuerza de terquedad.

La escena se reanuda. El Perforador toma con vigor las caderas de Orquídea, que se excita sola; quien esté delante, atrás o sobre ella no importa. Se le ve cansada pero al límite del goce. Tras una hora de malabear con tres hombres distintos sobre la cama, con el cabello empapado, se acerca el momento. Los tacones de charol parecen prolongarse hasta el techo. El camarógrafo vaginal apura el paso para tomar el *close up* desde una posición privilegiada. Antes de lo esperado, alrededor de cinco mililitros de líquido cristalino, expulsado a presión, le dan una toma perfecta.

Para consumir una película porno, se necesita una eyaculación masculina. Lo que salpicó el rostro del camarógrafo no fue semen, sino líquidos vaginales, fenómeno desconocido por muchos e incluso tabú porque se le suele confundir con la orina. Aunque el *squirting* podría ser erótico, para la pornografía más tradicional es secundario: sin semen no hay porno. Y hasta ahora no lo hay. Así que continúa la búsqueda de otro voluntario,

mientras el camarógrafo se restriega un pañuelo contra la cara, con el rostro arrugado, y Orquídea arquea de nuevo la espalda, como lo ha hecho durante más de dos horas. Al fondo suena la voz de Rockdrigo González: “y siempre quise tener una novia bien bonita / pus qué paso / que por feo lo que agarré fue tan sólo otra feita”; en el coro un repetitivo “qué feo estoy”.

Lo que pasa en casa

Piedad llegó por recomendación. Extrovertida desde el primer momento; morena, bajita, cabello corto. Zapatos negros que le ajustaban como calcetines, falda café debajo de la rodilla, suéter amplio del que asomaba una pequeña mano. De niña se cayó del caballo, nunca atendieron la fractura y esa parte de su cuerpo se quedó así, suspendida en el tiempo. Su hombro, su brazo y su mano derecha aún tenían ocho años.

Esa brevedad y su flexión permanente no le impedían limpiar casas, trabajo del cual vivía desde hacía más de una década. Se instaló en el cuarto detrás de la cocina, pasando la lavadora y el bóiler. Recuerdo pensar que yo preferiría dormir ahí que compartir con mi hermana menor, quien se divertía hablándome justo antes de quedarme dormida para manipular mi inconsciente. Aunque no tuviera ventanas, ahí hubiera podido leer a solas sin interrupciones experimentales. Además, tenía su propio baño, lo cual me parecía indispensable para construir una verdadera intimidad.

Hacía no mucho nos habíamos mudado de Ojo de Agua a ese departamento rentado en la colonia Del Valle. Los primeros días

en la ciudad mi papá limpiaba la cocina como si no hubiera perdido la casa en los suburbios: con una manguera. Los chorros escapaban del umbral de la puerta hacia el descanso donde estaba el elevador. Cuando llegó Piedad, él se fue alejando del que era su territorio natural; le encantaba preparar huevos con chorizo casi a medianoche. Pronto también dejó de hacerlo.

Para mí era absurdo que alguien más limpiara; el departamento no era tan grande ni nosotros ricos, a pesar de que tanto mi padre como mi madre trabajaran todo el día. Con Piedad tenía largas sobremesas después de clases, yo todavía con el uniforme puesto. No puedo recordar si guisaba rico, sólo fragmentos de conversaciones equilibradas entre su vida y la mía, sus sueños y los míos, además de los chismes del edificio. Por ella me enteré de que una vecina era modelo de vestidos de novia, de que otra era psíquica —ya intuía algo así por su rostro absolutamente pálido, arrugado, y su alborotada y escasa cabellera roja; para mí, entonces, todas las brujas debían ser pelirrojas— y de que en el primer piso vivía un niño con autismo —lo cual explicaba el griterío de algunas noches—. Mis hermanos se desesperaban y se iban a jugar.

Me contó sobre su caída del caballo y de un romance de infancia nunca consumado con Pedro, quien recientemente la había contactado. Ella se pasaba los días pensando en qué hacer y cómo sería un encuentro entre ellos, ahora, con cuerpos distintos. También hablaba frecuentemente de Amealco. Tenía una parcela en la que creció y a la que ansiaba regresar, pero que no daba para vivir.

Después de comer, veíamos telenovelas. Siempre la mujer morena, la que venía del pueblo, era la que limpiaba las mansiones

habitadas por familias rubias. Las “sirvientas”, “criadas” —entre otros apelativos despectivos—, usaban uniformes, vestidos color pastel con delantales blancos. Eran retratadas como villanas o ton-tas que se dejaban enamorar a la menor provocación o recibían malos tratos de los patrones sin rebelarse jamás.

Invariablemente la convivencia trae roces. Mi hermana no soportaba a Piedad porque sentía que era entrometida. Ya recibía suficientes sermones de mi madre, odiaba sentirse vigilada. Mi papá también descubrió su límite cuando un día al llegar vio que Pedro estaba usando el baño “de la familia” y no el “de servicio”. Para mí era una victoria que ella y su viejo amor se hubieran reunido al fin.

Mis padres eran “liberales”, pero esto superaba sus reflexiones. Habían alojado a científicos cubanos y discutido acaloradamente sobre la revolución, pero nunca de algo tan cercano como los derechos de las trabajadoras del hogar. Sin hacer consciente por qué o cómo lo pensaban, para ellos Piedad podía ser, eventualmente, una intrusa.

A partir de entonces la relación decayó mientras crecía un ambiente de desconfianza. Sin embargo, mi tía organizó que un médico revisara el brazo de Piedad y diagnosticara si era posible una operación. Pero no tenía arreglo, el miembro simplemente no se había desarrollado. Al final, a mis papás ya nos les alcanzaba para pagarle a Piedad y tuvieron que “agradecerle sus servicios”. La recomendaron con una amiga.

*

Nos casamos en secreto para aumentar el monto de una beca en el extranjero. La ceremonia no tuvo el romanticismo de las telenovelas, todo lo contrario: increpamos al juez sobre el rol del Estado en las relaciones afectivas. Que sí nos casábamos, pero estábamos en contra del matrimonio. Él contestó que nadie nos obligaba.

Tiempo después, al vivir solos por primera vez, decidimos fundar, en nuestro departamento rentado, un centro cultural donde pudiéramos hacer círculos de lectura, exposiciones, conspiraciones varias. La misión era evitar el aislamiento que provoca estar en pareja. Creíamos que en la familia germinan todos los males de la sociedad: tras los muros, al no ver el panorama completo, uno se limita a proteger ese pequeño gremio y sus propiedades. Le pusimos Tepetongo Balneario Crítico porque éramos absurdos, para nosotros el deseo era una forma del delirio; éste, una potencia. Nuestros cargos honorarios: salvavidas imperiales. Nunca fui de las que se avientan de golpe a la alberca.

El departamento estaba en la San Rafael, una colonia venida a menos que en los últimos años había recuperado su valor de suelo por la llegada de gente como nosotros, a costa del propio barrio. El edificio lo rentaba la mítica Confederación de Trabajadores de México (CTM), dueña de varios inmuebles en la ciudad. Llamó nuestra atención que, siendo un lugar modesto, hubiera cuarto de servicio, con su propia puerta y escaleras traseras para salir sin molestar.

Sin ninguna solidaridad de clase, el administrador sindicalizado accedió a barnizar la duela del departamento, salvo la del

cuarto de servicio. Bajo el riesgo de iniciar un arrendamiento problemático, cuestionamos sus motivaciones, y después de una discusión sociológica surrealista autorizó retocar las puertas, pero sólo aplicó una capa de pintura: el cuartito se veía disparejo, hecho de mala gana; el piso quedó intacto, con las huellas de un largo abandono.

En ese cuarto apéndice que en los demás departamentos, a falta de espacio, era uno más a ocupar, decidimos fundar la galería “Nadie para presidente”^{*} e inaugurarla con el trabajo de Daniela Ortiz. La artista peruana encontró una constante en los planos de las casas de prestigiosas revistas de arquitectura: a pesar de tratarse de terrenos amplios y con jardines, el cuarto de servicio siempre se localiza junto a la cocina, detrás de la cochera y los botes de basura, sin ventanas o con unos agujeros minúsculos que permiten la entrada de luz, pero no ver hacia el exterior o ser visto. Bajo la firma de arquitectos famosos —Casa La Planche, Casa González—, estas residencias son un paradigma que reproducen las revistas y las cátedras de arquitectura en las universidades.

La preocupación de ser definidos por el espacio que habitamos nos atravesaba. Pertenecíamos a las huestes foucaultianas (o paranoicas) que ven los valores disciplinarios del siglo XIX perpetuados en la vida cotidiana. Cárcel y panóptico en cada casa.

¿A las trabajadoras del hogar se les llama criadas porque llegan niñas a las casas o porque son ellas las encargadas de la

^{*} El nombre viene de la campaña presidencial en la que el payaso y activista Wavy Gravy postulaba a su candidato Nadie en 1975 en Estados Unidos.

crianza de los niños? Quienes crecen junto a ellas no tienen las palabras para decir que eso es amor. ¿Eso es amor? Mi padre sentía desconfianza de Piedad pero era políticamente incorrecto decirlo. Bachelard retomó a Jung para crear la metáfora de la casa en la que el sótano y el ático representan el inconsciente. Con menos espacio y sin esos resguardos, en los departamentos de la Ciudad de México, el cuarto de servicio es el lugar del afecto o los celos reprimidos, impronunciables.

*

Los domingos, las trabajadoras del Centro de Apoyo y Capacitación para Empleadas del Hogar (CACEH) instalan una carpa en el parque de Tacubaya que han identificado como punto de esparcimiento de quienes se dedican a labores domésticas. Entre los juegos mecánicos de la feria, reparten volantes: jubilación, vacaciones, aguinaldo, seguro social. Su día de descanso se compone de altavoces, camisetas moradas y el guante verde de hule que se ha vuelto el símbolo de su causa. En el Génesis, Dios descansa el séptimo día después de la creación. Para ellas, el domingo es el día para ordenar todo lo que fue creado en su contra.

Junto con Marcelina Bautista, coordinadora regional para América Latina de la Federación Internacional de Trabajadoras del Hogar, organizamos un conversatorio sobre la arquitectura de servicio. Usaron su día de descanso para compartir sus experiencias, tener una videollamada con Daniela Ortiz y ver su exposición en Tepetongo, nuestro hogar.

La primera en llegar fue Marcelina. De origen mixteco, trabajó

como empleada doméstica desde los catorce años. Hace quince fundó CACEH y, con apenas cinco afiliadas, dio el primer taller. Al poco tiempo obtuvo la beca MacArthur y esto permitió que, al segundo taller, asistieran cuarenta trabajadoras del mismo centro. Este año crearon el sindicato nacional.

En un círculo en la reunión: ellas ocupan las sillas, ellas platican, ellas empezaron todas muy niñas, entre los trece y catorce años. Mientras en su casa eran menores, en sus trabajos eran las responsables de limpiar el desorden que dejaban los niños al jugar. Usaban uniformes que las diferenciaban aunque les decían constantemente que eran “casi de la familia”. Debían sentirse agradecidas por vivir en colonias bonitas que nunca sintieron suyas. Pasaban los domingos sentadas en las bancas de los parques porque sus casas estaban demasiado lejos y no les alcanzaba el tiempo ni el dinero para ir todos los fines de semana.

El trabajo doméstico ha sido estudiado por filósofas como la italiana Silvia Federici, quien ve en él resabios de la esclavitud. En *Calibán y la bruja*, la también activista hace una revisión histórica de cómo las mujeres fueron poco a poco expulsadas de diversos oficios para limitarlas a trabajos enclaustrados: enfermeras, lavanderas, nodrizas. En el capitalismo se construyó la imagen del ama de casa, un trabajo no remunerado que provoca dependencia. Al entrar en juego el salario, predominan valores de clase y género que no permiten una relación laboral entre iguales.

Del encuentro en Tepetongo surgió un documental. Al ver las expresiones de quienes visitaron el que fue nuestro departamento, revivo esa época y el espacio. Veo una y otra vez los muros. Nos esforzamos tanto en que no nos atraparan, que terminaron

quebrándose. Quizá la cárcel y el panóptico no están en la casa sino más adentro. Mis padres lo supieron y tampoco pudieron sostener la casa. No es necesario aventarse a la alberca de a poco ni de golpe, estamos hasta el cuello desde el principio.

Piedad no usaba uniforme ni era menor de edad, pero tampoco la ayudamos a obtener seguro social. No tengo una sola foto suya, a pesar de que vivíamos juntas, vivía con nosotros, vivíamos con ella. Quise decir esto en la reunión pero no me atreví. A veces es mejor quedarse callado y dejar a las demás hablar.

Masas (al borde de un ataque de nervios)

En la estación Salto del Agua a las siete de la noche, el flujo de gente trajo a mi memoria el comportamiento de una plaga de langostas. Visto desde afuera, nosotros, los pasajeros, somos la nube de langostas que entra a la estación como un solo fluido denso y homogéneo que se descarga en el contenedor que le da forma. Por dentro, en cambio, somos un cúmulo de brazos, hombros, bolsas y mochilas que no encuentra acomodo. No hay comodidad posible porque estamos hacinados, mas no juntos.

El insecto es siempre un portador de venenos posibles. Frente a él, cuerpo a cuerpo, sólo hay tres alternativas: matar, huir o descartar el peligro y cohabitar. Sin embargo, cuando ese agente extraño se aproxima en bandada, hasta la belleza de las mariposas se torna amenazante. No hay tiempo para conciliar si la supervivencia está en juego. La civilización entera parte del miedo a ser tocados por aquello o aquellos que nos resultan ajenos. La masa en principio nos repele como si se tratara de una parvada maligna en una película de Hitchcock.

Sin embargo, en las horas pico, la necesidad de transportarse anestesia terrores primitivos. Para explicar el fenómeno, Freud retoma de Schopenhauer la parábola de los puercoespines ateridos: en un crudo día invernal, los puercoespines de una manada se apretaron unos contra otros para prestarse mutuo calor. Pero al hacerlo así se hirieron recíprocamente con sus púas y hubieron de separarse. Obligados de nuevo a juntarse por el frío, volvieron a pincharse y a distanciarse. Estas alternativas de aproximación y alejamiento duraron hasta que les fue dado hallar una distancia media en la que ambos males resultaban mitigados.

Otro ejemplo de que la distancia justa es algo que ni a la cultura ni al instinto le es fácil hallar ocurre en los subsuelos: el rata rey, rey rata o rey de las ratas. Un accidente del que se tiene noticia desde, al menos, hace un par de siglos. Sucede cuando, al refugiarse en lugares minúsculos, las colas de una camada de roedores quedan anudadas o adheridas a causa de sus excrementos. Este nuevo ser magno y policéfalo, al tener una motricidad limitada, ejerce una tiranía psicológica sobre las demás ratas para conseguir alimento.

La imagen, resultado de búsquedas morbosas en internet, provoca náuseas: atrae y repele. Vamos tan pegados en el metro que temo que no podamos separarnos al llegar a la siguiente estación. Si esto que ociosamente imagino sucediera, la diversidad de mundos que comparte este espacio tendría que organizarse: decidir en qué estación bajar; coordinar los pasos para subir las escaleras; quizá volvernos tiranos de otros para sobrevivir.

Zombis

Durante 2015, la afluencia del metro de la Ciudad de México fue de mil 623 millones. Es como si la población entera de China hubiera pasado un día por aquí y sus huellas fueran el desgaste de los escalones, ya casi cóncavos por el ejército de nuestro calzado. El siquiatra catalán Francesc Tosquelles decía que los pies son los mejores lectores de la geografía, pero no sólo leen sino que escriben sobre ella: el ritmo de la multitud, la escritura del subsuelo. Vamos al ritmo de muertos vivientes, uno tras de otro a un paso lento pero constante. Después de la jornada laboral, la humedad del ambiente nos zombifica. Intentamos convivir, comunicarnos, pero nuestras bocas sólo emiten horrisonos quejidos.

Los ataques de zombis en el cine han representado a las masas que, sin voluntad propia, contagian todo lo que tocan. En la cinta clásica de los años ochenta *They live*, un hombre encuentra unos lentes de sol a través de los cuales descubre una conspiración extraterrestre para apaciguar a la población. La publicidad en espectaculares lanza mensajes subliminales como SIGUE DORMIDO, OBEDECE A LA AUTORIDAD, CONSUME. Si tuviera esos lentes ahora, dudo que encontrara conspiradores en este vagón de metro, al contrario: una convención de sometidos. Publicidad: una mujer en bikini reta desde su horizontalidad: ¿TE VAS A RESISTIR? Nada tiene que ver su cuerpo curvilíneo con las frituras que anuncia. Pero si alguien cede ante su provocación y alarga la mano para transgredir un cuerpo, se convertiría en el enemigo externo que uniría a la masa. La sumisión siempre es relativa, bastan los detonantes correctos para hacer estallar la revolución o la fuga.

Los mismos zombis que ahora cabeceamos, podríamos, de ser necesario, devorar cerebros.

Carlos Monsiváis escribió que el metro es un frotadero de almas donde no hubo espacio para los cuerpos. Aquí la individualidad es un autoengaño, asegura el escritor de los gatos. Para el cronista de esta ciudad, el crecimiento demográfico es el verdadero árbol genealógico de cada persona. La aglomeración nos define. Nuestros ojos son las ventosas de un gran molusco cuyos tentáculos buscan acomodo en cada parada.

Avatar

A pesar del hacinamiento, la gente hace malabares para revisar sus redes sociales en el celular. Nos acompaña una masa invisible, virtual: cincuenta y cuatro millones de mexicanos están conectados a internet. A las multitudes físicas hay que añadir las virtuales, pero también la masa de las ausencias: 83,191 ejecuciones en el sexenio de Calderón y 57,410 en los primeros treinta y dos meses de gobierno de Enrique Peña Nieto. Sumar a los muertos.

A mi lado, una conversación:

—Si saca la cuenta del transporte, al mes es casi lo de una renta. Mejor venirse a la ciudad porque luego, si le suma lo de los asaltos... Me han puesto la pistola varias veces. Me ha tocado que maten a alguien junto porque no entrega el celular. Hasta me han salpicado de sangre. A todo se acostumbra uno. Luego, si no lo asaltan, uno no se siente tranquilo.

La angustia por la muerte se aminora si vamos juntos, hacinados al despeñadero. Para los filósofos, un grupo de moscas batiendo sus delgadas alas sobre una fruta es una alegoría de la muerte. Es imposible saber si esas moscas son las mismas que fueron hace cientos de años. Las moscas, la futilidad del individuo frente a la continuidad del tiempo.

Dicen que pensar en la multitud desde la multitud es un rasgo esquizoide. Es como pensar el sueño desde el sueño. *El inconsciente es también una multitud*. Sueño con agujeros, cientos, miles de ellos: fauces dispuestas a devorarme. La tripofobia es el miedo a los huecos, pero *toda fobia es una fobia al agujero que supone el deseo del otro*.

Mientras en sus representaciones el cielo es un lugar cómodo, aséptico, blanco, el infierno dantesco es multitudinario porque es humano, es un viaje en metro. Las plagas no son castigos divinos. Vivimos entre multitudes. Reconocer la existencia del otro como válida implica la negociación entre cuerpos apretados. Frenón del metro: como si alguien agitara un frasco pletórico de grillos para acomodar su contenido.

Se desfondan las cajas

Desde hace años, mi memoria aguarda en cajas. Se empolva dispersa entre la casa vacía de mi abuela al norte de la ciudad, la que renta mi madre al sur y el departamento, también rentado, de mi *es complicado* en el Centro. Norte, sur y centro. A fuerza de mudanzas, estoy en todas partes y en ninguna: soy omnipresente pero inocua.

Insisto en el aspecto inmobiliario por la precariedad de los tiempos. Los objetos preciados penden de un hilo tanto como nosotros. O, al estar lejos, aquello que los hizo preciados termina por olvidarse. Los libros, los discos, las libretas, están a expensas de los caseros, las nóminas, el tamaño de los espacios y la estabilidad de las relaciones. ¿Cómo puedo soñar con una biblioteca? El paraíso de Borges se transformó en la seguridad de una bodega o los ceros y unos de un disco duro.

La fragmentación sucede y los pedazos envejecen, se decoloran o se honguean mientras, mutilada, resuelvo la cotidianidad. Pero ha llegado la hora de inventariar, aunque sea en el papel, porque “no hay peor dolor que llevar a cuestas una historia sin contar”, decía Maya Angelou.

Este relato trashumante exige seleccionar un texto por mudanza. Hay que aclarar que un texto no es necesariamente un libro, es una poética, podría ser un cuerpo, una frecuencia de radio. De no ser selectivos, ¿a cuántas mudanzas resistiría una pasión? Las cajas se desfondan. La acumulación y el nomadismo no son compatibles. El fetiche es directamente proporcional a la lumbalgia que puede ser física o emocional. Reitero: hay que elegir.

Primera mudanza: Bob Dylan

Vivía con mi familia en un fraccionamiento muy cerca de las pirámides de Teotihuacán. Los fines de semana mi padre se levantaba temprano y salía al jardín a leer el periódico. Ponía la música a todo volumen para alcanzar a escucharla, pero también para despertarnos.

Él me contaba las historias detrás de las canciones sin saber que éstas me orientarían hacia lo social y, en particular, hacia el periodismo. Cuando acusaron al boxeador Rubin “Hurricane” Carter de homicidio, Bob Dylan lo entrevistó en la cárcel y compuso una canción en la que reconstruía la escena del crimen y lo absurdo de la acusación. Lo habían incriminado por cuestiones raciales.

Me hubiera encantado crecer en esa época. Formar parte de la multitud que escuchó a Dylan tocar junto a Joan Baez en el 63 previo al discurso de Martin Luther King: “I have a dream”. O presenciar una asamblea convocada por la mítica Angela Davis. Para mí, la palabra adquirió esa grandilocuencia política.

De la infancia me quedo sólo con un disco, es decir, un texto que se dispara más allá de la música. En la portada, en blanco y negro, Bob Dylan fuma un cigarro mientras se rasca la cabeza y frunce el ceño. No ve hacia al frente sino hacia adentro. Piensa: los tiempos cambian. El hombre de la armónica se convirtió en el profeta de mi imaginación.

Esta primera mudanza no la hice sola. La heredé. Alguien empacó por mí y cargó las cajas cuando nos mudamos al DF.

Segunda mudanza: amor prohibido

El siguiente destino fue un departamento clasemediero que nos acogió por algunos años para luego expulsarnos de nuevo. En el ínter ocurrió la adolescencia.

Una temporada en el infierno de Rimbaud me hizo creer que el ímpetu de mi edad era suficiente para convertirme en poeta. *Las flores del mal* de Baudelaire me informaron que leer era entrar a la logia secreta de la voluptuosidad.

Entonces compartía habitación con mi hermana, a la que le llevo seis años. Antes de dormir, desde la parte superior de la litera, le leía:

El demonio se agita a mi lado sin cesar; flota a mi alrededor cual aire impalpable; lo respiro, siento cómo quema mi pulmón y lo llena de un deseo eterno y culpable.

Desde muy niña, ella dibujaba mujeres tuertas o con tres ojos, atravesadas, voladoras. No confesé a nadie que era culpable de haber inoculado en ella la oscuridad. Aunque, claro, eso es

darme demasiada importancia. Tal vez las dos dormíamos protegidas por nuestros demonios.

En la misma frecuencia llegó *El anticristo* de Nietzsche, mismo que escondía escrupulosamente de mi abuela. En esa época ella aprovechaba cualquier visita para insistir en que mis hermanos y yo debíamos bautizarnos o, en caso de tragedia, vararíamos en el limbo por toda la eternidad.

Aunque por supuesto no entendí del todo a Nietzsche, había algo fascinante en la filosofía: volvía lenguaje lo que antes sólo era miedo a la muerte que nos vaticinaba mi abuela. Aunque también, debo admitir, me atraía leer un libro tan poderoso que suscitara la censura.

No hay mayor emoción que leer a escondidas. En una de mis novelas favoritas, *La madre* de Máximo Gorki, los personajes, obreros comprometidos, se reúnen clandestinamente a discutir sus ideas revolucionarias. Fantaseaba no sólo con Pável sino con que mi madre retomaría la lucha si mi abuela me encarcelaba por leer *El anticristo*.

Sin embargo, de este periodo no me quedo con los poetas malditos ni con el filósofo alemán cuyo único defecto, según Dalí, era llevar el bigote hacia abajo. Me quedo solamente con mi hermana y sus sueños perturbadores. Mi hermana como texto inagotable.

Tercera mudanza: quemar todos los libros

Cursé un año de la preparatoria en Houston con todo lo texano que eso implicaba: porristas, playeras que rezaban “Jesus is my homie”, republicanismo a tope, Walgreens y Walmarts en cada cruce de caminos. Mi novio entonces era un hijo de migrantes michoacanos que habían hecho un emporio de misceláneas en el sur de Estados Unidos, el sueño americano. Para ir al baile de *prom* me recogió en un Mustang verde 68 que él mismo había arreglado. Era como estar en una película de Wes Anderson, quien además es de Houston. Los suburbios tenían cierto encanto: el sonido de las cigarras en los árboles, las arañas de colores, las ranas; es lo más cercano que he vivido al campo.

Ahí me volví por primera vez usuaria de bibliotecas a las que iba con mi abuelo paterno. Recuerdo especialmente *Fahrenheit 451*. Si un policía de la moral decidiera quemar todos los libros, yo me quedaría con mi abuelo y su amplísima memoria. De esta mudanza guardo su voz diciendo “¡Híjole!” con acento gringo y su radio de onda corta con el que escuchaba programas en diferentes idiomas.

Cuarta mudanza: las termitas

Cuando regresé a México, las cosas habían cambiado. Mi padre había perdido el trabajo y, al poco tiempo, se fue a Estados Unidos para buscar suerte. En cuanto cerró la puerta, el departamento se llenó de termitas inmunes a la limpieza. Entonces mi hermana

comenzó su fase terrorista. Tenía doce años y explotó, con sus amigos, una bomba de fabricación casera sobre una resbaladilla. Por suerte no había ningún niño ahí y, también por suerte, ya estaba planeado que nos mudaríamos la semana próxima porque de cualquier forma lo hubiéramos tenido que hacer. Un vecino nos llenó la entrada del departamento con bolsas de basura y metió pedazos de palillos en la cerradura para que no pudiéramos entrar.

Empaqué los libros de mi padre que poco a poco fui atesorando: las obras completas de Freud, sobre todo. Mi abuela nos refugió y así pasamos, de un día a otro, del ateísmo nietzscheano a un intenso pero fallido periodo de evangelización.

Mi abuela insistía en leerme las epístolas de San Pablo, yo accedía si me dejaba recitarle *Piedra de sol*. Un trueque justo. Se pasaba el día entero escuchando grabaciones de los evangelios a todo volumen. Murió al poco tiempo y yo, de la siguiente mudanza, la conservaría a ella.

Quinta mudanza: para qué desempacar

Vinieron otras mudanzas. Los objetos preciados, los libros, se fueron perdiendo o desperdigando. Yo cada vez me sentía más ligera, pero también me vaciaba de recuerdos y de lazos familiares. El desapego zen puede ser patológico.

Cuando llegué a Barcelona para hacer la maestría, mi vida cabía en una mochila. Ahí me dieron la estampita de Foucault con la que tapé la manzana luminosa de mi computadora. Este filósofo

del poder se volvió mi santo, y teóricos *queer* como Judith Butler y Paul B. Preciado, los sacerdotes.

Predicaban sobre deconstruir la identidad, encontrar una voz propia. Darse un nuevo nombre. Yo podía ser quien deseaba —hombre, mujer, *cyborg*— pero como sólo estaba de paso en la ciudad condal, convertirme en una persona estable no era una opción para mí ni para nadie a mi alrededor.

En la maestría conocí el esquizoanálisis que refutaba al Freud de mi adolescencia. La psique de la humanidad no se puede reducir a un drama familiar. Hay problemas más apremiantes que el Edipo, como, por ejemplo, que una generación entera no tenga casa.

En una librería “alternativa” en el barrio de Gràcia encontré una camiseta que llevaba estampado el lema de una organización anterior a las movilizaciones contra los desalojos. Decía: “No tendrás una casa en la puta vida.”

Descubrí que mi trashumancia no es un problema privado sino compartido. ¿Puede nuestra generación soñar con tener una biblioteca personal? La pregunta es si podemos soñar con tener una casa propia. La escritora y activista chicana Gloria Anzaldúa cuestionó a Virginia Woolf, quien promulgó la importancia identitaria de tener una habitación propia. Anzaldúa decía: primero resolvamos tener techo y luego lo compartimos.

Las mudanzas me obligaron a apoyarme en otros, a compartir, a no acumular. Pero también me dejaron con las raíces debilitadas. Desempacar es como ir al psicoanalista, revisarse los recuerdos. Depurar. Sin embargo, para hacerlo, primero hay que llegar a un sitio, aunque sea temporalmente, seguro, donde

desempacar a Nietzsche, a Freud, a mi hermana, a mi abuela, a mi padre, a Bradbury, a Butler y Anzaldúa. Pero sobre todo, al texto que estoy siendo, suficientemente liviana para que no se desfonde la caja cuando me vuelva a mover.

*[...] esos cuentos que acaban como ensayos
o esos ensayos que terminan como cuentos para
alimentar al “monstruo informe” del ensayo,
en lugar de engordar sólo a la razón.*

Vivian Abenshushan
Contraensayo



Salí del contingente para descansar del sol e intentar usar el baño del Sanborns. Digo “intentar” porque esto se permite o no, según los gerentes juzguen la legitimidad de la marcha. De cualquier manera, quienes trabajan en el Centro están acostumbrados a que lleguen masas de diferentes partes del país, con causas recurrentes como el campo o la educación, a veces vestidos y otras con frases en cuerpos desnudos. Nosotros nos pensábamos diferentes a los manifestantes profesionales: éramos diversos y se nos sumaba gente que jamás había marchado antes, jóvenes; carecíamos de estructura pero teníamos la tecnología de nuestro lado. Ahora más que nunca era significativo confluir rabiosos hacia el Zócalo, esta vez las condiciones estaban dadas para que la presión en las calles tuviera efecto en la política.

Llena de confianza empujé la pesada puerta de vidrio y crucé el umbral de azulejos hacia un contenedor de épocas donde bebieron café Díaz, Villa y Zapata, donde Orozco pintó su mural: universo que ahora pertenece a Carlos Slim, uno de los hombres más ricos del mundo que, según los cronistas, regatea hasta las corbatas. Había que evitar el regreso del PRI, pero la realidad es

tan absurda como esa tienda que pasó de un americano a otro desde principios del siglo XX hasta que en los ochenta cayó en las manos del libanés, quien en esa época apuntalaba su imperio. Tan compleja es que ese mismo magnate que se enriqueció con el neoliberalismo priísta apoyaba ahora al candidato de izquierda y al mismo tiempo se adueñaba del Centro Histórico mientras lo embellecía.

Mientras pensaba todo esto, avancé por las corbatas y los relojes hasta que en uno de los pasillos, entre los *best sellers* y las tortugas de chocolate, me topé de frente con Salinas. El expresidente Carlos Salinas de Gortari seguido por una flotilla de trajeados con lentes oscuros y auriculares. Su objetivo, igual que el mío, era hacer una escala rápida, sin encuentros sorpresivos, y seguir con su vida. Quien encumbró al millonario número uno de México entraba a su tienda, como muchos otros, para orinar. A lo lejos el chocar de la vajilla azul y los cubiertos hacía parecer que no sucedía nada fuera del ordinario trajín. Un ambiente saturado de aromas, perfumes y café recalentado de ese que deja las manos temblorosas. Un concierto de piano venía de alguna de las televisiones en venta. Rodeados de todo esto, nos vimos directamente a los ojos. Su cara me parecía una escultura hiperrealista como las de Ron Mueck. En sus rasgos, en las arrugas, en los poros, se podía leer el mapa de la política nacional: el desastre neoliberal que lo precedió, la privatización de la banca a la que él dio continuidad; el fraude del 88 que lo llevó al poder; los asesinatos —Posadas Ocampo, Ruiz Massieu y Colosio—, la firma del Tratado de Libre Comercio, la devaluación del peso y la privatización de la telefonía, vendida a Slim, convertida en monopolio.

Durante esos breves segundos no hubo nada inesperado en la expresión de Salinas. Hubiera dado lo mismo buscar imágenes o videos en internet que verlo en vivo. Un doble me hubiera causado una reacción equivalente. De alguna forma su rostro ya no le pertenecía. Él esbozó la sonrisa prototípica, un gesto de pícaro inteligencia. Pero ese movimiento no podía ser suyo ni significar. A fuerza de repeticiones, se había convertido en un significativo vacío, en una fuga siniestra.

Mientras Salinas encarnaba la caricatura de sí mismo, recordé el histórico zapatazo que lanzó un periodista iraquí a George W. Bush en diciembre de 2008. Se llegaron a ofrecer millones por el zapato talla 43 e incluso surgieron videojuegos que recreaban la escena. Mostrar la indignación compartida por muchos sobre la ocupación estadounidense enalteció a Muntaner al Zaidi y lo volvió conocido en el mundo; sin embargo, por el zapatazo fue condenado a tres años de cárcel. A pesar de las consecuencias, yo tenía una responsabilidad similar: lanzarle una de las reproducciones a escala de esculturas famosas que venden en la tienda, *El pensador* en bronce. Conforme buscaba al ser detrás del rostro, mi vida adquiría profundidad en sus ojos y cada parpadeo de Salinas develaba un fotograma. En esas pupilas dilatadas me vi con mi familia y mis amigos siempre quejándonos, en las calles, desarrollando a pulso la virtud de estar en contra.

Personaje complejo, Salinas había salido de la misma canteira que nosotros. En su juventud pensaba en una revolución de las masas con los campesinos al frente. Su carisma lo llevó a ascender en el Partido. Intentó modernizar el monopolio del poder, reformar el mito de la Revolución institucionalizada para hacerlo

perdurar a través del liberalismo social. Lo que sucedió después para algunos está sujeto a debate, para otros fue simplemente el poder haciendo su trabajo. Invertido, el camino del héroe.

La entrada del neoliberalismo en México también significó la emergencia de los movimientos sociales de mi generación, proclive como las anteriores a los cuerpos apretujados, el deporte nacional de estar juntos. Para mantenerse unida, la masa evoca a sus enemigos. Tenía ante mí al antagonista por excelencia. La maldad que algunos interpretaban en su mirada se tradujo en caricaturas que lo retrataban como un vampiro, un chupa sangre. Salinas provocó el consenso del repudio. Incluso una revista de la universidad de Harvard lo agregó a su lista de exalumnos indeseables.

Después de él, los presidentes se volvieron empleados intercambiables de una empresa más grande que su personalidad. Todo héroe necesita una némesis y toda juventud un villano, pero esa mística de los contrarios se diluyó después de él. La mirada de quienes lo sucedieron proyectaba impotencia, incapacidad, estupidez o, en el caso de Fox, locura campechana.

En el Sanborns de los azulejos, al observar a Salinas de frente, me turbó un aire familiar. Hipnotizada, mis pupilas se volvieron espirales. Intenté liberarme del hechizo, pensé en lanzarme sobre él y rodar por el suelo, mientras las revistas de política y sociales nos caían encima, pero estaba paralizada. Él extendió la mano para representar el saludo de un político frente a la cámara. Quise rechazarlo, detener el movimiento de mi brazo, pero fue imposible. Imité el protocolo como si estuviera en un asalto a mano armada. Ese primer contacto fue definitorio. Una especie de

toque eléctrico viajó a gran velocidad de su piel a la mía, tal y como se transmite un virus en un estornudo.

Sin reaccionar, caminé a su lado, seguida por la escolta, rumbo a los sanitarios. Yo traía una camiseta que hablaba por mí: un copete tras un círculo de prohibido. Él me miró casi con ternura y explicó con una voz suave colocando su mano en mi espalda: el PRI es así porque así somos los mexicanos. Lo había escuchado decir eso en múltiples entrevistas, lo cual comprobaba mi teoría de que él se había convertido en un repetidor de sí mismo. Debí tomar la pesada estatua de *El pensador*; dar el golpe que hubiera enorgullecido al contingente que me esperaba afuera. Pero lo único que funcionaba eran mis piernas, que seguían su objetivo inicial. Al llegar a los baños, él se despidió amablemente. Di media vuelta sin parpadear.

Por mi silencio, él creería haber encontrado una aliada: me reproché ante el espejo mientras salían y entraban mujeres del baño. Al cerrar los ojos podía distinguirlo claramente. Creía conocerlo a fondo tanto como el resto de mis coterráneos. A los ocho años participó en el asesinato accidental de la niña de doce años que limpiaba su casa. Había escuchado esa anécdota, entre otras inconfesables, pero la transgresión a la vida privada era recíproca; Salinas, a través de sus políticas, había determinado nuestra privacidad: algunos perdimos la casa al dispararse las hipotecas por la devaluación; otros, dejamos la escuela privada por la pública; otros, cambiamos el automóvil por el metro. Visto así, el neoliberalismo nos “democratizó”, mientras se introducía en la esfera íntima de la familia, de nuestros hábitos.

De alguna forma él era parte de mi vida. Había escuchado la

frase *todos llevamos a un priísta dentro*, pero mientras me veía al espejo, ésta cobró una dimensión ridícula. Como William Wilson en el cuento de Poe, comencé a encontrar similitudes entre mi reflejo y ese hombre: ambos teníamos ojos rasgados, los dos éramos Aries e incluso su hija llevaba mi nombre o quizá era yo la que llevaba el suyo. Toqué mi boca con desesperación al notar cómo sobre ella crecía un bigote incontenible. Me agaché para recibir agua del grifo y vi caer un mechón de cabello. Al levantarme, descubrí horrorizada el hueco en mi cabeza.

¡Claro! Debía estar deshidratada. La insolación, más un exceso de literatura de dobles, me provocaba efectos alucinógenos. Recordé un cuento de Borges en el que el protagonista, consagrado al estudio de Shakespeare, en un giro fantástico descubre que alberga en su propia mente la prodigiosa memoria del autor isabelino. Ahora yo, que me había dedicado al repudio de Salinas, enfrentaría la condena de llevar en mi propio cuerpo (de por sí ya atravesado por sus políticas) al enemigo. La memoria de Shakespeare se apropia poco a poco del protagonista como un océano inabarcable. De pronto surge en él un recuerdo ajeno que no entiende del todo o, al contrario, desconoce su propia cotidianidad como si perteneciera a otro tiempo. Compiten en su cabeza ambas memorias hasta desquiciarlo, hasta poseerlo.

Sentí un escalofrío como si la enfermedad, la magia negra o lo que sea que hubiera provocado esto, tomara terreno. Caminé por toda la tienda vacilando entre los sombreros y las pelucas sin parar de llorar e intentando arrancarme las orejas. Pasé por una columna cubierta de espejos para constatar la transformación: era ya el Chupacabras. Había perdido mi rostro. Las miradas filosas

llegaban de todas direcciones y las recibí con una vergüenza enorme de cargar con ese rostro y sus supuestos crímenes. Necesitaba esconderme así que sin vacilar pagué una mascarada con diseño huichol que me entregaron con recelo.

Pensé que si corría al hospital no tendría forma de explicar lo sucedido. Algún oreja de Gobernación daría el pitazo de una conspiración política en curso para suplantar la identidad del expresidente y quizá atentar contra su vida. Pedir ayuda me ponía en riesgo: debía encontrar la solución por mis propios medios.

Había algo esperanzador en las voces que, afuera, se alzaban al unísono contra el regreso del PRI. Quería volver a la manifestación, ¿pero cómo?

La prioridad era evitar ser linchada, luego también había que pensar en cómo deshacerme de la cara del otro y recuperar mi persona. La única forma de que uno de los hombres más conocidos del país pasara inadvertido sería fundirse en la masa anónima. Mientras me cubría detrás de todo tipo de objetos, pensaba alternativas.

Al manifestarse públicamente, el habla privada se vuelve un acto de enunciación colectiva. Entre la gente, Salinas se vería obligado a camuflarse: perder su rostro, su nombre y su voz privada. Si esto sucediera, quizá yo volvería a la normalidad. ¿Perder el rostro de Salinas, quitarme de encima su representación, significaría recuperar mi verdadero rostro? A estas alturas me preguntaba si yo tenía una cara humana o hasta ahora había sido, sin darme cuenta, tan sólo un contenedor de otros rostros.

La masa debía seducir a Salinas para que dejara de ser él y se volviera parte del pueblo. El mismo pueblo que en su juventud

maoísta quiso poner al centro como el recurso político por excelencia. Si la masa consiguiera enamorarlo, él, quizá, abandonaría su yo para convertirse en nosotros. Así lo pensó Freud, refiriéndose a Le Bon: “La masa psicológica es un ser provisional compuesto de elementos heterogéneos, soldados por un instante.” En algún tiempo para Salinas, lector de Le Bon, el campesinado era el ser provisional de soldados solidarios. Él debía tener este sentimiento dentro de sí, la atracción por la masa y su mística tanto creadora como destructora. Ésa sería mi única salida: contagiarlo como él me había infectado a mí. El virus era la vacuna. Para llevar a cabo el plan, necesitaba encontrar una forma de regresar a la marcha sin ser apedreada.

Era sabido que, como funcionario, su oficina estaba repleta de cartones del periódico que caricaturizaban su rostro, los coleccionaba con orgullo. En 2012, durante la visita de un grupo de estudiantes a su casa, posó para una fotografía con una careta de sí mismo en las manos. Bromeó, dijo que lo retrataban joven; en el imaginario, se había quedado en los años noventa. Este desdoblamiento, digno de quien, como confesó alguna vez, mentía diciendo la verdad, contenía mi respuesta. Pasaría desapercibida con una máscara del propio expresidente; de las que, aunadas a globos en las nalgas, vuelven a los niños infalibles para obtener unas monedas. Salinas para Navidad y para Halloween. Su cara era tan reconocible que incluso se había transformado en mercancía —máscaras, juguetes, camisetas—, que llenaba un museo en el baño del artista contemporáneo Vicente Razo.

Aunque había ideado la forma de ocultarme, enfrentaría otras dificultades, como evitar olvidar mi objetivo original: evitar a toda

costa transformarme por completo en él. En la obra *Un hombre es un hombre*, al ponerse el uniforme, Galy Gay pierde el control de su cuerpo y adquiere de manera automática gestos militares. De súbito, es un soldado. La investidura lo porta a él, no al revés. Con esta lógica brechtiana, bastaría su apariencia para transformarme esencialmente en Salinas. Poco a poco me volvería un político híper ultra tecnócrata sin conocer el camino de regreso. Se libraría una batalla por el rostro. ¿Prevalecería el de Salinas o vencería la masa al desnudarlo de sí mismo?

Había escalado hasta el cenit de la política nacional, se llegó a mover entre multitudes gozando de popularidad pero, al término de su periodo, descendió al polo opuesto como por arte del karma. Su hermano se encontraba en la cárcel y él dejó el país por varios años. Su regreso fue noticia; dio algunas entrevistas, en una de ellas le dijo a Denise Maerker que todo lo que se había construido alrededor de su figura era política ficción. Después de este momento regresó a la sombra hasta ahora en que volvía a mostrarse en el espacio público, en la desnudez de la calle.

Tuve miedo de avanzar más allá de la puerta del Sanborns. Si bien, en algún momento, consiguió venderle al país la idea del progreso, en esa manifestación, el creador del programa Solidaridad corría peligro.

Decidí sentarme un momento en las escaleras. ¿Cuántas personas se parecerán a mí en el mundo? ¿Cuántas a Salinas? Los fenotipos se repiten. Ningún rostro es verdaderamente individual. Hay caras que detectan las cámaras y otras que no. La genética determina la superficie que se lee a partir de referencias disponibles: un hombre blanco, calvo, con orejas prominentes y bigote,

no muy alto y de traje oscuro, tiene altas probabilidades de ser un político mexicano.

Después de un rato, pasó frente a mí un hombre con un carrito del mercado en el que llevaba decenas de máscaras de diferentes personajes de la cultura popular y la política, entre ellas las de Guy Fawkes y de algunos luchadores; me contó que se vendían como pan caliente en las manifestaciones. Sostuve una máscara de Salinas. Detrás del plástico no había nada. Eso era lo que significa él para nosotros. Esa máscara era Salinas.

Los agujeros de la boca y los ojos fungían como poros misteriosos a través de los cuales podría mostrarse mi alma. Serían ventanas por las cuales saltaría mi identidad: aunque en apariencia fuera otro, ellos reconocerían mi mirada. O al menos eso era lo que más deseaba. Sin embargo, al momento de abrir la boca, desconocí mi propia voz que iba, poco a poco, cargándose de otredad. Mutaba: tenía un tono cadencioso y tan lánguido que provocaba suspicacia. Aunque les explicara todo, verían y escucharían en mí a un expresidente, un priísta, un neoliberal, un hombre blanco empoderado. Una cabeza rostrificada y fetichizada. El aspecto me producía como sujeto. “El rostro tiene futuro a condición de ser destruido”: la mamonería de citar a Deleuze nunca había tenido más sentido. Debía destruir el rostro de Salinas para recuperar el mío o quizá descubrir al Salinas en mí para recuperarme.

Noté que el vendedor de máscaras salía de su asombro y estaba a punto de gritar, de señalarme. Le pagué y salí corriendo. Hacía calor para llevar un pedazo de plástico sobre la cara, pero temiendo un linchamiento, me la puse de inmediato. La

visión se reducía, quedaba enmarcada por los agujeros para los ojos. Ya casi no era yo la que miraba. Me adentré sin titubeos en la masa.

A pesar de las intermitencias, la multitud se mantenía estable y nutrida. El sol de la tarde hervía nuestras coronillas. La voz, la mirada y hasta los pensamientos del orejón se confundían con los míos. Antes, cuando vi a Salinas de frente en la tienda, me pareció un robot. Gesticulaba según unos engranes programados para construir una persona específica. De la misma forma, yo comenzaba a mecanizarme. Para evitarlo, repetía el plan en mi cabeza, una y otra vez. “Soy Ana Emilia, fui estudiante, odio al PRI, el PRI vive en mí, debo sacarlo.”

Me dieron una palmada de complicidad y yo, que solía sentirme cómoda en la masa, reaccioné evitando el contacto. ¿Por qué me tocan? ¿Por qué me molesta? Sin entender el motivo, me disculpé al rozar a una mujer. Esos cuidados se dan en la oficina cuando, sin querer, se transgrede el espacio personal. Pero en la multitud éramos compañeros. Crecía en mí una aversión por el sudor ajeno. Comprendí que Salinas, como los puercoespines, sabía que para mantenerse a salvo debía guardar distancia. El maoísmo quedaba ya muy atrás. Si había participado en el movimiento estudiantil del 68, eran memorias de otra vida.

En cambio, tenía fresco a Le Bon, quien escribió sobre el poder destructivo de las masas, las alteraciones psicológicas de los individuos al agruparse. El anonimato solapa la irresponsabilidad. Se consideran héroes invencibles. Entran en una especie de hipnosis: transforman una idea en acto sin reflexión previa. Actúan por contagio y sugestión. Pierden su personalidad. Dejan

de ser civilizados para convertirse en bárbaros. Le Bon literalmente los describe como imbéciles.

Algo cambiaba. Sudoroso detrás del látex, Salinas era un acorazado que violentaba al mirar sin dejarse ver. Sin embargo, se le percibía como un amigo. Me consternó saber que al completarse la metamorfosis, cuando ya no quedara nada de mí en este cuerpo, traicionaría a los míos pues no sabrían quién se había infiltrado entre ellos.

Había otros con la misma máscara. Estos disfraces que se venden por miles han permitido a los ciudadanos ridiculizar al poder con su propio cuerpo. En este mundo paralelo, un ejército de Salinas alisaba el asfalto. Y como lo dije antes, cuando quise hablar, lo que salió de mi boca fue: *todo lo que oigan de mí es política ficción.*

Ni los veo ni los oigo

Mucha gente. ¿Cómo llegué aquí? ¿Saben que estoy aquí? ¿Me aceptan aquí? Es como si no me vieran. Debo actuar con naturalidad, seguir el ritmo, la respiración acompasada. “¡Compa! ¡Qué buen disfraz!”

¿Se están burlando de mí? Esto claramente es una campaña de desinformación. Tantos carteles, la gente es presa de todo tipo de leyendas urbanas: ANTES LO DIJO DÍAZ ORDAZ: “HEMOS SIDO TOLERANTES, HASTA EXCESOS CRITICADOS.” AHORA LO DECIMOS NOSOTROS. / ES OBSOLETO PERO LE LLAMAN NEO; ES OPRESOR, PERO LE LLAMAN LIBERALISMO / POLÍTICOS RATEROS.

Oye compañero. Sí, tú. ¿Has considerado que no se trata de fijar culpas sino de discutir temas sustantivos para el país? Por qué no reúnes a tu contingente y lo platicamos, los invito a comer a La Ópera. ¿Qué te parece? “Va compa, pero mejor cuando acabe la marcha.” La gente es receptiva y tiene un ideario loable, sólo es cuestión de encauzarlos. Me duelen los pies pero la energía se contagia. Ahora viene una cascada humana para correr en bloque, de nuevo, para atrás y para adelante. Nos abrazamos y levantamos los pies estilo canacán. La verdad es que somos iguales. Nos tomamos de las manos para hacer una valla.

Ey, qué buen sombrero. ¿Tú qué opinas del liberalismo social? ¿En verdad te parece tan malo? Te invito un refresco y lo platicamos. Tienes que considerar que a veces es necesario cambiar las cosas desde adentro. “¡Qué gran imitación, compa!” Tengo menos amigos de los que dicen y más de los que esperaba.

Nos aproximamos al Zócalo por 5 de Mayo. Los ánimos repuntan a la par que el volumen y la densidad de la masa. Se pide hacer mutis, desembocar como una sola luz silenciosa para que el mensaje llegue claro a Palacio Nacional.

El sudor se acumula, fluye cuello abajo. “Oye, compa, ¿no te quieres quitar la máscara? Hace un montón de calor.” Pues sí, por qué no. Cuando me doy cuenta él está pálido viéndome a la cara. Me ve fijamente, tanto que comienzo a desconfiar. Como corresponde, le extiendo ambas manos en saludo certero. Espero con una sonrisa estoica hasta que finalmente responde al gesto. Me alegro de que aún exista gente educada en el pueblo.

Manifiesto de las perras callejeras

112

MANIFIESTO DE LAS PERRAS CALLEJERAS

Mila, Azul, Pantufla, Doky, Emilia se perdieron. *Ayúdanos a encontrarlas*, escribe cada uno de sus dueños, *ofrezco sustanciosa recompensa*. Sobre el teléfono de contacto, suele haber un retrato de nosotras en blanco y negro con gesto dramático como si, al momento de la foto, hubiéramos anticipado la escisión, la deriva.

No lo vamos a negar, hay algunas, las más, que son raptadas por desconocidos y sufren torturas horribles. Sin embargo, hablamos de casos distintos, de las que huimos por derecho propio, por búsquedas existenciales o las que transformamos el descuido, vernos perdidas en medio de la nada, en un rito de paso: emancipación de las correas que antes adorábamos.

Si nos volvemos callejeras por distracción del dueño, podemos devenir en más que contingencia, más que perras falderas pavlovianas. Cuando nuestro tiempo ya no le pertenece al amo, se vuelve tiempo libre y eso nos redefine. Expuestas al pavimento caliente, a las sirenas y al acelerado rodar de las llantas, descubrimos que nadie nos llamará por nuestro nombre ni servirá agua y croquetas en nuestros platos ni nadie levantará nuestra caca. Estamos solas.

Nuestros dientes nunca antes habían desgarrado carne ni habíamos dormido a la intemperie. Tras un periodo fuera de la protección del dueño, logramos que nuestra casa esté en todos lados. Sucede un retorno hacia adentro, hacia un impulso primario, desarrollamos un techo interior, armas para sobrevivir: colmillos, condición física, heridas que ya han cicatrizado.

Escapamos más de una vez de posibles captores. Nos enfrentamos a otros de nuestra especie, a los machos callejeros, para finalmente reconciliarnos con ellos y aullar juntos o perseguir ciclistas o revolcarnos en los callejones. Corazón de perra: amar en estas circunstancias es una tarea difícil. En la calle no hay romanticismo, hay que estar al tú por tú, hocico con hocico. Saber que el otro no es territorio a marcar sino cómplice arrabalero. Formamos jauría que a ratos se atomiza en perrunas partículas urbanas. Vivimos en un país de millones, el de más callejeros del mundo. Cuando estamos juntos, perros, perras y perroas, nos damos cuenta de nuestro parecido y multiplicidad:

proyectos abortados
abandono y monumento en la salida a la carretera
desaparecidas
antes estrujadas
jadeantes
rabiosas
ni naturaleza ni cultura ni técnica y todo eso a la vez.

Y acá, a ladridos, nuestro manifiesto:

113

MANIFIESTO DE LAS PERRAS CALLEJERAS

1. Libertad sin correas

Nos dejan cagar pero nos dicen dónde, nos ponen bozal si nos pasamos de lanza, nos dan en adopción por inadaptadas, nos abandonan a nuestra suerte en la carretera. Por todo eso, a dentadas terminamos con nuestro carácter de especie de compañia: no necesitamos el apellido DE nadie.

Creemos que *la propiedad es el robo*. La seguridad —el techo y la comida garantizados cuando hay otros hambrientos allá afuera— se revierte en paranoia. *¿Cuándo vendrán a robarnos?*, se preguntan quienes resguardan el botín. Regresemos de las periferias a los centros privatizados. Recorramos el espacio, volvámoslo fértil, marquemos nuestro territorio en cada esquina, cada banqueta, en el umbral perfumado de cada casa cerrada. Lo público es nuestro y de todos. Convirtamos a ésta en una ciudad de perras.

2. Venganza periférica

Hemos sido arrojadas a los tiraderos de basura, al desagüe, a los barrios donde se extirpan votos a cambio de una torta. Los vagos y los niños nos comparten su comida. Somos compañeros de calle. Ellos vendrán con nosotras a morder la entepierna de los poderosos; ensuciar la hipocresía de sus calles. ¡Así que refuercen sus cerraduras!

3. Ciudad de zombis

Nuestras ancestras tenían la tarea de acompañar a los muertos al Mictlán. Por eso rondamos los panteones, somos guías espirituales, lazarillas para los ciegos. Sin embargo, los amos no han sabido apreciar la trascendencia de nuestra labor. Sin nosotras, las almas vagarán sin rumbo y sin descanso en sus elegantes centros comerciales. Sin nosotras la tierra se llenará de fantasmas.

4. Contra la raza, el pedigrí y los proyectos de laboratorio

*que no se reproduzcan
que no invadan
que no formen jauría
pero sobre todo que no ladren.*

Nos acechan campañas de esterilización y otros venenos. Exigimos que no se metan con nuestras trompas, nuestros fetos, nuestros placeres. No se adueñen de nuestros cuerpos, no los privaticen como hacen con todo, no los reglamenten ni los disciplinen ni los mutilen.

Somos bestias urbanas, audaces, cosmopolitas, mestizas, de origen difuso, salvajes cuando el contexto lo demanda. La raza bajo este panorama transparenta su artificio. En la calle no se valora el pedigrí sino el olfato y la audición; no importa que nos cuelguen las mamas si podemos correr. En situaciones extremas, las razas prefabricadas (por la tecnología para diversión del

hombre) mueren rápidamente a causa de problemas respiratorios, sobrecalentamiento, ataques cardiacos o de perseguirse la cola en *loop* hasta perder la cabeza. No queremos que nos clasifiquen, que nos cataloguen ni que experimenten con nuestra descendencia. Lucharemos por destruir la ficción de la raza y sus consecuencias mortales.

6. ¡No haremos más gracias!

Dicen que las perras salvajes aprendieron a ocultar sus dientes de los humanos para no ser su presa. Hacerse las buenas, las leales frente a ese otro que conocían por sus carnicerías. Enternecidos por su mirada, los hombres las volvieron compañeras útiles y también una reserva alimenticia. En tiempos de crisis, siempre podrían comerse a su mascota. Eso es la domesticación: esclavitud disfrazada. Felices de tener dueño, necesitadas de aprobación, del premio por hacer una gracia, por ser bellas, movíamos la cola, alzábamos la pata o nos dejábamos poner ropa ridícula. ¡Eso se acabó!

7. Habitar la contradicción

A las perras callejeras tampoco nos vienen bien ciertos feminismos sectarios. Habitamos la contradicción: en tanto perras, gozamos de olisquearnos entre nosotras, sin embargo, roemos la palabrería gourmet del “empoderamiento” y después vamos en

busca de un mejor hueso. Aunque los feminismos punks resultan más jugosos, renegamos del rigor de esa rebeldía. Salimos y entramos a nuestro antojo para no ser esclavas ni de nuestras palabras. Las perras callejeras nos resistimos a que nuestro instinto sea domesticado por ojos edfípicos, binarios o ideológicos. Aprendemos de todo —como dijo Donna Haraway—: a correr más rápido o ladrar cuando es necesario. A ser pata de perra.

Índice

Presentación	11
Liminales	13
Casete marca Tiempo	21
Balance de blancos	29
Las librerías de viejo serán de nuevo	35
Contagio	46
Películas de amor	57
Lo que pasa en casa	75
Masas (al borde de un ataque de nervios)	83
Se desfondan las cajas	88
Política ficción	99
Manifiesto de las perras callejeras	112



Aunque la casa se derrumbe, de Ana Emilia Felker,
editado por la Dirección de Literatura,
se terminó de imprimir el 12 de diciembre de 2017
en los talleres de Estampa Artes Gráficas, S.A. de C.V.,
Privada de Dr. Márquez 53, Doctores,
Cuauhtémoc, 06720, Ciudad de México
estampa.direccion@gmail.com

Se tiraron 1000 ejemplares en papel cultural de 90 grs.
Se utilizaron en la composición tipos Bodoni Book de 8, 9, 10 y 11 pts.,
Gandhi Sans de 7, 8, 10, 11, 16, 18 y 28 pts.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Carmina Estrada y Luis Paniagua.